

SIERRADENTRO

Por Alejandro Aristimuño

I

Manuel despertó con su cabeza apoyada sobre la áspera cortina que cubría el ventanal empañado del micro que había abordado unas nueve horas antes al iniciar el recorrido desde la Capital Federal, donde residía actualmente. Entre un tramo y otro de esa tela que le raspaba la piel se filtraron las primeras luces del amanecer, por lo que el pasajero sintió en su estómago la típica adrenalina de aquel que está por llegar a su ansiado destino. Entonces, Manu se sentó con la espalda erguida y se quitó de encima la manta que le había dado el personal de a bordo para que no sufriese mientras dormía los efectos del gélido, y sobre todo seco, aire acondicionado. También le habían facilitado un pequeño almohadón, pero este resultó ser tan duro que prefirió usarlo en el piso alfombrado para apoyar sus pies, los cuales, a su vez, estaban cubiertos por unas medias cortas que bien podrían parecer un exceso ya que todavía era verano y él se dirigía a una villa turística cálida. Sin embargo, el frío artificial en el interior de micro fue demasiado intenso, por lo que las medias terminaron siendo una decisión correcta.

Todavía envuelto en la somnolencia de quien recién se despierta, y ubicado en un asiento individual, Manu corrió lentamente, y sin hacer ruido, la cortina y dejó entrar los rayos solares que bañaron su rostro reseco. Al abrir grandes los ojos, el pasajero advirtió que el paisaje había cambiado significativamente desde la última vez que había mirado por la ventana, cuando aun estaba oscuro y el micro se detuvo en la entrada sur de la provincia a cargar combustible en una estación de servicio situada al costado de la ruta y rodeada de una amplia llanura compuesta por los típicos campos explotados para la actividad agropecuaria, sobre todo la siembra de soja y la cría de ganado vacuno.

Pero ahora, el camino ya no era una simple recta, monótona y aburrida; sino que serpenteaba por un terreno alto que abrazaba unas sierras con vegetación tan frondosa

que Manu creyó que nunca antes había visto un verde tan intenso como el que en esos momentos inundaba sus pupilas del mismo color, aunque más claro y suave. Quizás era el poderío del sol naciente el que estaba provocando ese efecto que se potenciaba al combinarse con un cielo totalmente despejado por el que un aire puro, sin la contaminación de las grandes ciudades, se deslizaba como la seda.

Manu disfrutaba de aquel escenario por el que el micro ascendía a baja velocidad una pendiente que parecía no tener fin y se abría paso por un arbolado bajo. El pasajero se colocó las zapatillas sin apartar la vista de la ventana y luego levantó el respaldo del asiento. Colocó sus miembros superiores en ambos apoya brazos, como si estuviera en una sala de cine, y percibió como el colectivo, forzando su motor, se dirigía hacia un gran muro que comenzaba a divisarse al final del camino. Y a medida que se fue acercando Manu observó que aquella muralla de hormigón estaba coronada por un arco iris producto del *spray* de los inmensos chorros de agua que caían del otro lado del dique.

A estas alturas, el resto del pasaje ya estaba despierto y los niños volvieron a inquietarse, lo que irritó a Manu, quien los responsabilizaba de que él haya podido pegar un ojo recién entrada la madrugada, cuando ellos finalmente se fueron a dormir – obligados por sus agotados padres- luego de ver un par de películas infantiles en las pantallas de los televisores del micro que se encendieron después de servir la cena caliente, la cual resultó bastante sabrosa y constó de un arroz con pollo, una bebida a elección –podía ser agua, jugo, cerveza o vino- y un flan de postre. Nada mal para un viaje de cabotaje a cargo de una empresa de servicios nacional.

El micro rodeó el muro hasta subir al puente que cruzaba el dique y desde el que se podía apreciar la violenta caída de unas cascada de unos 100 metros de altura de un lado y, del otro, un espejo de agua tan liso y transparente que era capaz de reflejar el

firmamento celeste. Manu quedó boquiabierto, al igual que muchos de los viajeros que nunca habían estado allí, y lo acompañó una sensación de vértigo que le aflojó un poco las piernas. Miró hacia su izquierda, para el lado del pasillo, con la intención de comentar esta experiencia con alguien pero volvió a caer en la cuenta de que su soledad continuaba siendo tan real como de costumbre. Así que siguió callado, contemplando solo y a través del cristal lo que sucedía afuera de su mundo, tan lejos y, su vez, tan cerca del resto.

Cuando el colectivo terminó de cruzar el puente, bastante peligroso por su angostura y cercanía con el precipicio, se detuvo frente a un restorán con quiosco y puesto de diarios y revistas que funcionaba de parador al costado de la ruta, casi sobre la banquina cubierta de conchilla. Aquí descendieron los primeros pasajeros, en su mayoría familias jóvenes con pesadas mochilas en las que cargaban las carpas y bolsas de dormir con las que se instalarían en los *campings* de la zona, cuyo centro era el lago y todo transcurría a su alrededor. De hecho, dichos predios al aire libre tenían salida a la orilla mientras que en las laderas de las sierras circundantes se levantaban lujosas cabañas privadas –muchas de las cuales se alquilaban para vacacionar- con una increíble vista hacia el agua. Claro que los huéspedes o propietarios de estos inmuebles no viajaban en micro sino en sus vehículos particulares, principalmente importados.

Por su parte, Manu aprovechó la parada para encender el *Wi-Fi* de su *smartphone* y así tratar de conectarse al servicio de mensajería instantánea *online* pero no encontró ninguna señal disponible más que las de otros pasajeros a las que él no podía acceder sin la correspondiente contraseña. Fue entonces cuando volvió a evaluar la posibilidad de renovar su plan con la compañía de telefonía celular para tener acceso ilimitado desde su móvil sin depender de las redes gratuitas, como la del micro, la cual continuaba sin funcionar. Frustrado, apagó su aparato enseguida para evitar derrochar la

carga de la batería ya que tampoco tenía una conexión disponible para reponerla debido a que la ficha de su cargador no coincidía con la de colectivo. “Y... todo no se puede”, se quejó el porteño por lo bajo.

La detención en el parador junto a la represa hidroeléctrica fue breve ya que el micro debía continuar con su recorrido y recién se encontraba en la puerta de entrada de su destino final: el corazón de *Valle Deseado*, también llamado simplemente “Valle” por la mayoría de sus habitantes permanentes que lo consideraban la llanura ubicada entre sierras más importante de la región, o “El valle de los deseos” por aquellos visitantes, que no ahorran en palabras y habían quedado encantados con el mismo, por lo que regresaban de paseo o vacaciones cada vez que podían.

La siguiente escala en el viaje se produjo unos 10 kilómetros más al norte, en una pequeña localidad escondida en un bosque de especies leñosas y en la que predominaban las casas de familias con residencia permanente en el lugar. Estas construcciones también eran cabañas pero más modestas que las de las laderas con vista al lago y se situaban en un terreno plano, sin tantas pendientes. Y al pasar por las callejuelas de este pueblo el micro quedó bajo las sombras de los árboles, cuyas ramas raspaban los cristales del segundo piso del colectivo a medida que este avanzaba por un camino angosto o doblaba en una esquina de ángulo cerrado.

En esta oportunidad, la locación donde se detuvo el micro fue una simple parada de colectivos con un refugio ubicada en un cruce de calles de asfalto en lo que podría llamarse el centro comercial, que implicaba una decena de negocios de productos básicos –mercado, verdulería, carnicería, farmacia y ferretería- distribuidos en apenas un par de cuadras.

Aquí descendió otro tanto de pasajeros que lucían más como trabajadores que como turistas, aunque en medio de este bosque se podía visitar una pintoresca reserva

natural con un arroyo que, según la leyenda, estaba encantado. Pero se trataba de un sitio tan recóndito que no recibía demasiados paseantes foráneos.

Una de las calles de asfalto sobre la que se situaba la parada desembocaba directamente en la ruta que conducía al centro del valle, por lo que el micro no tardó demasiado en retomar su marcha. Entonces, Manu apuró los preparativos para juntar todas sus pertenencias en la mochila y ordenar su asiento ya que la siguiente escala era la suya y no se encontraba tan lejos. Sólo unos 20 minutos lo distanciaban de la llegada y su ritmo cardíaco se aceleró a una velocidad mayor a la del motor que rugía en la parte posterior del colectivo que volvió a tomar por una recta elevada que a los pocos kilómetros salió del bosque y atravesó un claro desde el que se tenía una vista excelente de las sierras verdesas y los diferentes cursos de agua que las surcaban.

El color esperanza brotaba por todos los rincones de aquel paisaje que se fue develando ante la mirada asombrada de Manu, quien cegado por el cada vez más intenso sol matinal se colocó sus gafas oscuras, tras lo cual, abandonó su postura de admirador fascinado y tomó su teléfono móvil para volver a intentar conectarse a Internet aprovechando que a ambos costados de la ruta observaba más cabañas de veraneo que, además de piletas de natación y amplios jardines con parrilla, contaban con antenas satelitales y un nutrido tendido eléctrico, lo que le indicaba que debía haber alguna señal accesible por allí.

Sin embargo, recién logró conectarse al *Wi-Fi* cuando ya estaba entrando a la terminal de micros de *Villa Alemana*, donde debía descender. Afortunadamente para él, el ingreso del colectivo a la plataforma demoró varios minutos ya que si bien se trataba de una terminal propiamente dicha, no dejaba de ser de escasas dimensiones, lo que obligaba a los choferes a realizar con sumo cuidado y lentamente numerosas maniobras para estacionar correctamente.

Esta demora le permitió a Manu comunicarse vía mensajería instantánea con Ana, quien a pesar de que no tenía que levantarse temprano para ir a trabajar su último acceso a dicho servicio había quedado registrado unos minutos antes del arribo de él.

“¡Hola Chinita! Estoy en la terminal de micros de tu villa”, escribió Manu en su primer mensaje, el cual fue leído por la receptora casi inmediatamente.

“¿En serio estás acá!? ¿Por qué no me avisaste antes?”, respondió ella.

“Es que quería que fuera una sorpresa y vos me dijiste que podía venir a visitarte cuando yo quisiera.”

“Es cierto. Bueno, esperame ahí que te voy a buscar.”

“Ok. Además te tengo que esperar porque nunca me pasaste tu dirección, por lo que no sabría adónde ir, jajá”, bromeó Manu, quien escribía sentado en uno de los bancos de la plataforma luego de haber retirado su bolso de la bodega del micro a cambio de un par de monedas para un jovencito que se encargó de buscarlo entre todo el equipaje.

Desde esa posición, Manu podía apreciar el espectáculo de las altas sierras bajo unas densas nubes que parecían a punto de pincharse con el filo de las cimas. El clima había cambiado repentinamente y la temperatura seguía alta, aunque él no se había percatado de ello. Es que en el último tramo de su viaje, durante la entrada a la villa, había estado más pendiente del su teléfono móvil que del paisaje exterior.

“Debe ser cierto lo que dicen los operadores turísticos sobre este lugar”, se dijo Manu sin apartar la vista de la pantalla de su celular, en la que el servicio de mensajería indicaba que Ana había dejado de escribir, probablemente porque había salido de su casa hacia la terminal. Calculo que debe tener auto, evaluó él, quien poseía un amplio desconocimiento de ciertos detalles de la vida privada de aquella mujer, que con el paso del tiempo se había convertido en una especie de misterio.

Mientras tanto, la plataforma se vació de pasajeros y el micro siguió con rumbo norte hacia la principal ciudad del valle, el final del recorrido, por lo que Manu se encontró rodeado de un profundo silencio, a pesar de que se hallaba en un espacio público, con tránsito peatonal y vehicular. “¡Qué paz!”, exclamó suspirando y poniéndose de pie, tras lo cual caminó por el playón de estacionamiento de tierra hacia el final del mismo y con su teléfono tomó una fotografía de la sierra que tenía adelante. Luego, colocó esa imagen en el perfil del servicio de mensajería para que todos sus “contactos” la vieran y, ¿por qué no?, lo envidiarían un poco.

Durante la espera, las nubes se abrieron por un rato y los rayos solares calentaron el aire del ambiente como un láser, lo que incomodó a Manu, quien esperaba otro tipo de clima y llevaba puesto un pantalón largo de jean, cuando lo ideal hubiese sido una bermuda.

Pero en Villa Alemana todo era muy particular, incluso las condiciones climatológicas. De hecho, se solía decir que en aquel lugar sólo había dos estaciones al año: en la primera, ventosa, hostil y que iba de abril a septiembre, hacía mucho frío, llovía y nevaba; y en la segunda, comprendida entre los meses de octubre a marzo, el calor podía ser agobiante ya que estaba acompañado de un alto nivel de humedad.

Manu caminó por la terminal cargando la mochila al hombro y mirando de reojo el bolso que había dejado junto al banco hasta que un Fiat 147 de los `90, algo destartalado, entró velozmente al estacionamiento y levantando una polvareda por el mismo lugar que lo hacían los micros y se detuvo al final de las plataformas, a la altura de donde se encontraba parado él, cerca de la parada de taxis.

-Así que ahora manejas –bromeó él a la distancia, apenas vio a Ana descender del lado del conductor.

La mujer, que vestía una remera de mangas cortas color blanca y con un escote en “V”, un *short* caqui de tela finita y unas zapatillas de lona oscura, fue caminando hacia Manu con una sonrisa de oreja a oreja, igual a la que en ese momento se dibujaba en la cara de él, quien aceleró su paso en dirección a ella.

-Siempre manejé. Lo que pasa es que antes no tenía auto propio -retrucó Ana justo antes de saludarlo con un beso en la mejilla, mientras que él depositó suavemente su mano derecha en el hombro de ella.

-¡Estás igual! –exclamó la mujer apartándose unos centímetros hacia atrás y echándole un vistazo a Manu de pies a cabeza.

-¡Mirá quien habla! Estás tan hermosa como la primera vez que te vi, hace casi diez años –Manu se quitó sus anteojos para el sol y miró fijamente a Ana, quien no pudo evitar sonrojarse y bajar la vista.

-¿Tanto tiempo pasó? –retomó ella, más relajada.

-Sí.

-Parece menos.

-A mí me parece más, ¿qué querés que te diga? –Manu se encogió de hombros.

-¿Esa mochila es lo único que trajiste? –Ana cambió drásticamente de tema.

-No, allá tengo el bolso –el recién llegado señaló el banco sobre la plataforma, tras lo cual, comenzó a caminar hacia allí y ella lo imitó.

Una vez que ambos estuvieron parados junto al banco, Manu se agachó para tomar el bolso del suelo mientras que Ana se sentó, como si necesitase un breve descanso. Entonces él, sorprendido, hizo lo propio.

-La verdad que nunca pensé que te ibas a animar a venir a verme de esta manera -dijo la mujer con la mirada al frente, enfocada en el bosque ubicado detrás de la

terminal y donde las aves se posaban en las ramas de los quebrachos y algarrobos y cantaban.

-Espero que no estés enojada -se disculpó Manu buscándola con sus ojos bien abiertos.

-No, para nada. Sólo un poco sorprendida -Ana se volvió hacia él- ¿Y dónde tenés pensado quedarte?

-No lo sé. Sólo me dieron ganas de venir y saqué los pasajes.

-Yo no tengo problemas en que te quedes en casa, pero el problema es que los padres de mi compañera de cuarto están de visita y no hay lugar para nadie más. Si me hubieras avisado con anticipación me habría organizado distinto...

-No te preocupes por mí, Ana. Yo me arreglo, en serio.

-Ok. Igual, los padres de mi amiga se van a ir en un par de días, así que... después vemos.

-Dale, vamos viendo.

Ambos permanecieron en silencio, mirando hacia adelante hasta que un nuevo micro estacionó en una de las plataformas y atrajo su atención ya que con ello recomenzó el ajetreo habitual de los maleteros rodeando el colectivo, los pasajeros descendiendo apurados y buscando su equipaje, los taxistas abriendo los baúles de sus autos y los choferes aprovechando un momento libre para fumar un cigarrillo o beber un poco de café en el *buffet* ubicado en el interior de la terminal, junto a las boleterías y los baños públicos.

-Entonces, ¿qué hacemos? -Manu cortó la pausa con una pregunta ineludible-. ¿Me alcanzás hasta un hotel o preferís que vayamos a almorzar primero? Yo invito.

-Es temprano todavía -respondió ella-. Mejor te llevó a la posada de un amigo mío que seguro te va a encantar. Es una casona tipo de campo, con pileta y un jardín hermoso.

-Bueno, dale.

-Además, no es muy popular, por lo que nunca se llena.

-¿Y el precio?

-Por eso no te preocupes. No es cara y seguro nos hace un descuento.

-Genial -indicó él poniéndose de pie y alzando su bolso-. Vamos.

Ana se levantó, guardó su celular en el bolsillo trasero de su *short*, tomó las llaves del auto y encaró hacia el vehículo donde Manu guardó su equipaje en el asiento trasero sin necesidad de abrir el baúl.

-Dejame primero llamar a mi amigo para avisarle -dijo ella apenas se ubicó detrás del volante y colocó la llave de ignición en el tambor.

Manu asintió con la cabeza y permaneció callado mientras Ana hablaba por su teléfono móvil: “Hola Odek. Soy Ana (...) Sí, sí, todo bien (...) Che, tengo un amigo que necesita hospedaje por unos días. Tenés alguna habitación libre (...) Ajá (...) Bueno. Después del mediodía estamos por allá. Beso (...) Chau.”

-¿Odek? -preguntó Manu una vez que Ana cortó la comunicación.

-Es polaco.

-Mirá vos. Cuánta diversidad que hay en este lugar.

-¿Viste? No todo es alemán -señaló la mujer luego de colocarse un par de anteojos tornasolados y poner en marcha el auto, el cual seguidamente condujo en dirección al centro comercial de la villa, situado a un kilómetro y medio, aproximadamente de la terminal.

-¿Y dónde queda esta posada? -inquirió Manu mientras observaba por la ventanilla una serie de inmuebles alpinos contruidos en madera, piedra y vidrio que ocupaban floridos terrenos a ambos lados de la calle por la que avanzaban eludiendo a ciclistas y peatones.

-No muy lejos. Pero primero vamos al centro porque necesitamos hacer tiempo para que te preparen la habitación. Mi amigo dijo que todavía están limpiando - respondió Ana, quien maniobraba bruscamente, con ambas manos sobre el volante.

-Entiendo.

-¿Estás apurado?

-No, para nada. ¿Vos?

-No, tampoco. Ya te dije que estoy de vacaciones.

-Ah, ok. Porque te veo manejando rápido.

-Sí, ya sé. Es una de esas costumbres del conurbano que todavía no pude abandonar -Ana apartó la vista de la calle y la dirigió a Manu, quien largó una carcajada que resonó en el pequeño habitáculo del Fiat 147, cuyas alfombras plásticas estaban cubiertas de polvo y bollos de papel.

Un rato más tarde, Manu y Ana estaban sentados frente a frente en una de las mesas de la vereda de una pizzería y cafetería ubicada a la loma de la principal avenida de la villa que unía de sur a norte la ruta nacional de acceso hasta la provincial que conducía al resto del valle. Desde su posición dentro de aquel *box* de madera, el recién llegado alcanzaba a ver dos largas hileras de locales, todos con el mismo estilo alpino, lo que le hizo recordar la arquitectura de otros sitios turísticos que él había visitado en la Patagonia.

-¿Qué querés? -preguntó a Ana, quien chequeaba la pantalla de su teléfono móvil en el que solía cambiar la foto del perfil de su servicio de mensajería instantánea con imágenes de la jornada que ella tomaba con la cámara del mismo aparato, lo que constituía un ritual cotidiano que atraía permanentemente la atención de sus contactos, especialmente de Manu, quien utilizaba esas fotografías como una excusa para iniciar una conversación con ella-. Yo voy a pedir algo para comer porque no comí mucho en el desayuno que me dieron en el micro.

-Yo no tengo mucha hambre, pero te acompaño con algo -respondió la mujer al tiempo que hizo a un lado su celular y ojeó la carta.

-¿Te parece unos tostados de jamón y queso? Porque una pizza va a ser mucho....

-Está perfecto.

-¿Y para tomar? ¿Una cerveza?

-Prefiero un jugo exprimido o un agua saborizada. Está demasiado pesado para tomar alcohol tan temprano. Más tarde sí te acepto una birra.

Manu apoyó los dos menús cerrados sobre la mesa y la mesera se acercó inmediatamente a tomarles el pedido.

-Espero no haber arruinado tus planes para las vacaciones -retomó él luego de que la mesera se alejó de la mesa.

-Para nada. Si no tenía previsto irme a ningún lado.

-Y estando en un lugar como éste, ¿con qué necesidad?

-Seguro. Aunque lo que más me impide hacer algún viaje largo es la falta de plata.

-Claro.

-Así que calculo que voy a hacer unos recorridos en auto por el valle, que está repleto de lugares como éste.

-¿Así de pintorescos? Porque esta villa parece sacada de un cuento...

-Bueno, tal vez no tan lindos como éste, pero vale la pena visitarlos porque tienen arroyos, cascadas y ollas que acá no hay por estar más urbanizado -indicó Ana y luego hizo una pausa ya que la mesera acababa de regresar a la mesa con los tostados y los dos exprimidos de naranja con hielo.

Tras la partida de la mesera, Manu fue directo al tostado y se lo acabó en pocos mordiscos, como si no hubiese comido en todo el día, al tiempo que Ana prefirió beber primero de su jugo.

-Así que está buena la posada de tu amigo... -señaló Manu después de tragar el último bocado.

-Sí, te va a encantar. Es re cómoda.

-¿Y vos como la conocés? Digo, si vivís en tu propia cabañita...

-La conozco porque ahí trabajó mi ex pareja y también porque yo sigo yendo seguido a venderle mis dulces caseros a Odek.

-Ajá -Manu meditó unos segundos mientras bebía de su jugo-. ¿Y no creés que pueda ser un poco incómodo que yo me aloje ahí? Más que nada por la relación que Odech tuvo con tu ex.

-Odek -corrigió Ana.

-Perdón. O-dek -Manu espació las sílabas con sorna.

-¿Incómodo para quién?

-No sé. Para vos, para el polaco...

-Para vos.

-Para mí no.

-Bueno, para Odek y yo tampoco.

-¿Tan bien se llevan?

-Digamos que sí.

-¿Y a qué se debe esa buena onda?

-Probablemente porque él no le perdona a mi ex que me haya dejado no sólo a mí, sino también esta adorada villa.

-¿Para tanto?

-Tal vez no le haya molestado el abandono en sí, sino la forma en la que lo hizo.

-¿No estará enamorado de vos este polaco?

-¡Qué ridículo! -Ana apoyó con fuerza su vaso medio vacío, o medio lleno, depende, sobre la mesa y frunció el ceño-. Odek está felizmente casado y tiene dos hijos hermosos. Sólo es mi amigo y como tal haría cualquier cosa por verme feliz.

-Está bien -Manu se echó hacia atrás, contra el respaldo y levantó las palmas de su mano a la altura del pecho.

Ana relajó los músculos de su rostro de tez blanca y repleta de pecas, y dio un gran bocado de su tostado, que ya se había enfriado de tanto reposar intacto sobre el plato. Con razón está tan flaca esta mina, si no come nada y tampoco toma alcohol, pensó Manu procurando desviar su vista de la mujer ya que a él le molestaba que lo mirasen cuando comía y no le gustaba hacer lo mismo con otra persona.

Así, Manu se quedó mirando pasar los vehículos, en su mayoría camionetas o autos sedan, por la avenida y los paseantes, principalmente parejas con hijos chicos, por la vereda mientras Ana acabó con su tostado.

-¿Querés algo más? -preguntó él apenas vio el plato y el vaso de ella vacíos.

-No, gracias. Estoy bien -respondió ella limpiándose con una servilleta de papel la comisura de sus labios sin pintar.

La generosa boca de Ana siempre había sido una de las debilidades de Manu, a quien también le encantaba cuando ella llevaba su pelo morocho y lacio recogido con un rodete, dejando al desnudo su cuello y sus hombros, tal como ocurría ahora.

-¿Qué? -Ana advirtió enseguida que Manu no paraba de mirarla.

-Nada, nada -él giró la cabeza hacia la calle y se rascó su pelo rubio ceniza, desmechado y sin peinar-. ¿Pido la cuenta? -Manu se volvió hacia ella.

-Sí, dale. Creo que ya es hora de ir a la posada -dijo Ana sacando su monedero del interior de la cartera que había dejado colgada en la silla ubicada al lado de la suya.

-Te dije que yo invito -Manu le arrebató el monedero a la mujer y lo depositó de su lado de la mesa, dejándolo aprisionado entre la madera y sus manos, una encima de la otra.

-Estoy corta de plata pero no es para tanto, che -bromeó ella tratando de manotear su dinero pero él lo mantuvo en su poder, inmóvil, para sentir el tacto de Ana.

-Ya sé que entre tu trabajo en el banco más el de los dulces lograrás evitar ser pobre -ironizó Manu.

-Y no te olvides que, además, comparto los gastos de alquiler y comida con mi compañera de cuarto -Ana había inclinado su torso sobre la mesa y hurgaba con sus dedos entre los de él aunque sin hacerse de su monedero, lo que parecía divertir más a él que a ella-. No seas chiquilín.

-Ok, ok -dijo Manu y finalmente liberó el monedero para evitar que Ana siguiera impacientándose.

La mujer guardó su dinero en la cartera y luego se dejó caer sobre el respaldo de su silla, mientras que Manu llamó con una seña de su mano a la mesera para que le trajera la cuenta.

-Sos terrible, eh -emitió Ana junto a un soplido que evidenciaba cierto esfuerzo físico.

-Fue una broma para ir rompiendo el hielo.

-Con el calor que hace el hielo se derrite en segundos, nene.

-¡Jajá! Nosotros sí que estamos locos...

-¿Por?

-Porque no nos vemos nunca, salvo en fotos, y cuando lo hacemos nos divertimos como si ya estuviésemos acostumbrados a estar juntos. Es raro, ¿no?

-Claro que lo es.

-Lo nuestro siempre fue así.

-¿Para qué cambiarlo ahora? Si tan mal no nos fue.

-Mmm... No sé. En un par de días te digo -Manu se volvió hacia la mesera que le alcanzaba la cuenta y tras mirar el precio final del *ticket* le entregó un billete de cien pesos y otro de cincuenta-. Quédate con el cambio.

“Gracias”, replicó la empleada, satisfecha, y luego regresó al interior del local para continuar con su trabajo.

Manu no era una persona adinerada, sin embargo; no quería parecer un tacaño delante de Ana.

-Veo que a vos no te falta la plata –comentó ella.

-Tampoco me sobra. Pero lo justo es justo -resumió él levantándose de la mesa-. ¿Vamos? -agregó extendiendo su mano para tomar la de Ana y ayudarla a ponerse de pie.

-¡Qué caballero! -elogió Ana aceptando la invitación de Manu para tomarse de la mano aunque apenas estuvo parada se soltó para acomodarse la cartera en su hombro.

Ana había dejado su Fiat 147 estacionado a la vuelta de la pizzería y cafetería, en una calle perpendicular a la avenida, por lo que en cuestión de minutos ella y Manu estuvieron nuevamente a bordo del mismo. Y les demandó prácticamente el mismo tiempo trasladarse hasta la puerta de la posada del polaco Odek, ubicada a pocas cuadras del centro comercial junto a un complejo de cabañas y el dispensario municipal.

-Podríamos haber venido caminando. Todo está muy cerca -señaló Manu una vez que el auto se detuvo frente a la tranquera de madera de la posada.

-Todo queda cerca dentro de la villa pero el auto es fundamental para conectarte con las demás localidades del valle -aclaró Ana quitándose los anteojos tornasolados y dejando al descubierto sus ojos oscuros y achinados.

-Yo no tengo auto y voy de un lado a otro en transporte público.

-Sí, ya sé. Pero acá no hay trenes ni subtes. Sólo colectivos y unos pocos taxis. Y los primeros brindan un servicio bastante defectuoso mientras que los segundos son carísimos. Ya vas a ver.

-Veremos -coincidió Manu, quien abrió la puerta del acompañante, corrió el asiento y sacó su mochila y su bolso del asiento trasero.

-¿Agarraste todo?

-Sí, sí.

-Ok -Ana aguardó a que Manu cerrase la puerta y le colocó la traba de seguridad, tras lo cual, descendió del auto y le puso llave-. Vamos.

Ana abrió la tranquera y le franqueó el ingreso a Manu, quien apenas dio unos pasos se detuvo en seco al ver que dos enormes ovejeros alemanes corrían hacia él.

-Quedate tranquilo que no muerden. Se llaman Olaf y Pier. -Ana se paró delante de Manu, dándole la espalda a éste y de frente a ambos canes que fueron directo a frotarse contra las piernas de ella, que les acarició sus cabezotas peludas-. ¡Ay! ¡Que

lindos que son! –vociferó la mujer al tiempo que los perros no paraban de jadear con la lengua fuera de sus bocas y de mover sus colas como un limpia parabrisas.

Luego de los primeros mimos, Ana corrió a los perros hacia un costado para darle a Martín el espacio suficiente para pasar.

-Anda yendo para la recepción que ahora te alcanzo –indicó ella, quien no pudo retener demasiado tiempo más a Olaf y Pier, que corrieron detrás de Manu, que si bien gustaba de los perros les tenía cierto temor a los que desconocía ya que de chico lo habían mordido en dos ocasiones. Así que mientras aceleró su paso por un camino de piedras de unos 50 metros de largo les fue hablando para entrar en confianza. Y justo cuando los perros más lo molestaban con sus movimientos torpes y bruscos, un hombre flaco, alto y delgado, con el pelo cortado al ras y barba candado salió raudamente por la puerta de entrada de la recepción y con dos gritos los ahuyentó.

-Hola, soy Odek –el hombre saludó a Manu extendiéndole la mano y con el rabillo del ojo se cercioraba de que los ovejeros se habían echado en el piso a una distancia prudencial-. ¿Quieres que te ayude? –ofreció con un español que denotaba su acento foráneo.

-No, gracias. No pesa nada. Yo puedo –respondió Manu cruzando el umbral de la puerta, seguido por Ana, quien antes de entrar saludó a Odek con un beso en la mejilla y un abrazo.

La posada ocupaba media manzana y se llamaba “*Los Sauces*” debido a que en la parte trasera de su extenso jardín emergía un bosque de sauces llorones que con sus ramas depresivas conformaban una especie de cortina verde, deshilachada, en la que los huéspedes más jóvenes jugaban a las escondidas ya que resultaba difícil ver a través de la misma.

La denominada “recepción” formaba parte de la única construcción de la que constaba el establecimiento, la cual era una típica casona de campo con gruesas paredes de ladrillos revocados y pintados, un porche en galería adelante y un techo de tejas irregular que no terminaba en punta como las viviendas alpinas de menos metros cuadrados de superficie.

En el interior, la recepción estaba incluida en el living comedor, el cual era muy luminoso ya que contaba con ventanales en sus dos paredes laterales y en la frontal, y estaba dividido en dos alas: la oeste, en la que estaban dispuestas las mesas y sillas en las que se servía el desayuno y la merienda; y la este, en la que los huéspedes podían ubicarse en un juego de sillones de varias piezas y mirar televisión. Además, desde este último sector se tenía una hermosa vista de las coloridas plantas del jardín y de la pileta de natación.

Mientras que contra la pared del fondo del ala este se ubicaba el mostrador de Odek, construido en madera al igual que los pisos y todas las aberturas que, a su vez, estaban pintadas de un marrón chocolate. En tanto que a la misma altura, pero en el rincón de ala opuesta, funcionaba la chimenea adornada con fotografías antiguas, las cuales contaban historias en blanco y negro.

-Bueno chicos –retomó el polaco al ubicarse detrás de su escritorio y revisar su libro de admisión-, tengo dos habitaciones preparadas: una simple y una doble. ¿Cuál quieren?

-Preguntale a él –Ana giró la cabeza hacia donde se encontraba Manu.

-Prefiero la doble, por las dudas –dijo el huésped mirando primero a Odek y luego a la mujer, quien le devolvió una sonrisa nerviosa.

El polaco guardó un silencio cómplice, tomó dos juegos de llaves de la habitación doble y uno se lo entregó a Manu. “Sígueme”, le indicó al recién llegado que continuaba con la mochila colgada de su espalda y el bolso entre sus tobillos.

Pero Manu no se movió y se volvió hacia una estática Ana, expectante.

-Vos instalate tranquilo que yo tengo que volver a la cabaña a terminar algunas cosas –explicó ella.

-¿Segura? Mirá que no tardó nada y te puedo acompañar.

-Sí, segura. Más tarde vuelvo –Ana se despidió de Manu con un beso y de Odek con ligero movimiento de su mano derecha en la que agitaba las llaves de su auto-. Después nos vemos, chicos. Chau.

Acto seguido, la mujer abandonó rápidamente la posada, en tanto que Manu primero siguió a Odek hasta la habitación, donde dejó su equipaje, y después continuó con un mini tour que el polaco le ofreció por el resto de la posada y durante el cual le explicó detalladamente cómo funcionaban cada unos de los servicios a su disposición como los horarios de la cocina, la reposición de la ropa de cama, la entrega y recepción de las toallas para el baño y para la pileta, la utilización de las reposeras del jardín y los juegos de mesa, etc.

“Cualquier cosa que necesites me golpeás esta puerta”, fue la última indicación de Odek antes de introducirse en la cocina, la cual formaba parte de su domicilio particular que abarcaba dos habitaciones de la posada que tenían entrada y salida propias por el lado del garaje techado en el que cabían tanto su vehículo como el de los demás huéspedes que, a diferencia de Manu, así lo requiriesen.

II

Las hojas romboidales de los paraísos comenzaban a secarse y al compás del viento realizaban un corto vuelo hasta caer al suelo en forma de ramillete y cubrir la vereda con una alfombraba irregular de distintos tonos amarillentos. Manu adoraba el otoño y permanecía largos ratos observando cómo se comportaba la naturaleza a su alrededor durante esa estación del año, como en aquella mañana que lo encontró mirando a la calle a través del ventanal de la sala de profesores de enseñanza primaria de la *Escuela Privada de Trevithick* (EPT) o simplemente “La Privada”, como la llamaba toda la comunidad local.

Manu estaba sentado solo en la mesa redonda de la sala, la cual se completaba con un pizarrón blanco, sobre el que se escribían cronogramas y novedades con marcadores de colores; una mesada con una piletta y canilla, y en la que funcionaba una cafetera y una pava eléctrica; y una heladera baja para guardar alguna vianda, fruta o bebida fría. Delante suyo estaba encendida su *laptop* con la que supuestamente revisaba materiales para su próxima clase, la primera de la semana, de *Listening and Comprehension* (L&C), aunque su atención estaba puesta en los fenómenos exteriores del edificio ubicado sobre una de las pocas avenidas de la localidad y en cuyo extremo opuesto funcionaba el jardín de infantes, el cual contaba con una entrada propia por la calle lateral, mientras que en la vereda de enfrente se situaba al colegio secundario de la EPT.

Manu lamentaba que desde su posición no se tuviese una buena vista del patio interno de la escuela –la ventana que daba hacia ese lado era alta, angosta y de vidrios biselados- donde había otros paraísos tan viejos como los de afuera e igualmente podados por Luis, el encargado de mantenimiento quien los cortaba de tal forma que las

ramas crecían hacia arriba y así no ocupaban demasiado espacio lateral ni obstaculizaban la visión, lo que mejoraba la traslación tanto interna como externa.

Pero la concentración, o falta de la misma, mejor dicho; de Manu se alteró cuando su amigo Conrado ingresó abruptamente a la sala seguido de Julia, la novia de aquel. Los recién llegados también dictaban clases en la escuela, él de *Music and Singing* (M&S) y ella de *Art and Design* (A&D).

-Hola Manu, ¿en qué andás? –preguntó Conrado, cuya delicada piel, que se combinaba perfectamente con su cabellera rubia y sus ojos celestes, se veía rosada por los efectos del aire fresco y húmedo que traía con él desde la calle.

-Acá ando, preparando la clase. ¿Ustedes? –Manu se levantó de la silla y saludó con un beso en la mejilla tanto a su amigo como a Julia, quien era la antítesis de su novio: pelo negro, ojos del mismo color y un cutis tostado.

-Todo bien –respondió la joven mientras apoyaba su bolso de mano sobre la mesa y se sentaba en una de las sillas libres, tras lo cual, su novio se ubicó a su lado y colgó su mochila del respaldo de su asiento de madera enchapada, mismo material que el del resto del mobiliario de ése y de todos los demás ambientes del establecimiento.

Conrado se quedó callado por unos instantes y eso despertó la curiosidad de su amigo, acostumbrado a las largas charlas con él.

-¿Te pasa algo? –Manu miró a su amigo, quien andaba con la mirada como perdida.

-No, ¿por? –Conrado se volvió hacia Manu, con media sonrisa en su rostro de rasgos típicos de inmigrante europeo.

-Por nada, por nada –Manu agachó la cabeza y miró la pantalla de su computadora.

-Pasó lo de siempre –intervino Julia, con un tono firme y seguro, que no se correspondía con su delgadísima contextura física que transmitía una falsa idea de debilidad.

-¿Otra vez sopa? –la voz de Manu sonó irritada.

-Sí, Manu –Julia se dirigió al amigo de su novio con sus ojos negros bien abiertos-. Parece que la directora está cada vez más en desacuerdo con nuestra relación.

-No es tan así –intercedió Conrado.

-¡Me cago en esta familia escolar! –exclamó la joven, risueña.

-No hables así –la retó su novio.

-Yo te banco, Juli –señaló Manu extendiendo su mano al ras de la mesa y en dirección a la joven.

-¡Que graciosos que son! –Conrado meneó la cabeza-. Ríanse, pero no es ningún chiste que esta escuela es una gran familia.

-Ya lo sabemos –asintió Julia, con un dejo de resignación.

-Y no empieces, de nuevo, a contarnos las memorias de tu abuela fundadora del colegio porque yo sí, a diferencia tuya, leí el libro que se publicó para el cincuenta aniversario de la escuela y conozco bien la historia –indicó Manu, más severo.

-Bueno che, no te metas con mi abuela, que en paz descansa.

-¡No seas mentiroso! Que la abuela a la que me refiero es el que está viva, no la otra. ¡Chanta! –Manu palmeó el hombro de Conrado, quien largó una fuerte carcajada.

-De todos modos –dijo el rubio, más calmado-, no hay de qué preocuparse porque los puestos de trabajo de ninguno de los tres está en riesgo mientras mi papá siga siendo el presidente de la Comisión Directiva.

-Eso es cierto –coincidió Manu-. Y está tu mamá también.

-Pero Mónica es la directora del jardín, su influencia es más acotada que la de mi viejo.

-¡Qué grande Bobby! –exclamó Manu, jocoso.

-Mejor cambiemos de tema, ¿sí? –propuso Julia.

-Tenés razón –Conrado le guiñó un ojo a su novia y luego le dio un beso en su boca fruncida.

-A ver... -Manu ya intuía hacia dónde se dirigía la charla, por lo que hizo a un lado la *laptop* y cruzó ambas manos, una arriba de la otra, sobre la mesa.

-Tengo una mina para presentarte –indicó Conrado.

-Tenemos –aclaró Julia.

-Perdón. Tenemos.

-¿Y quién es la desafortunada? –bromeó Manu, cuya cabeza giraba hacia un lado y el otro, como en si estuviese mirando un partido de tenis, cada vez que sus dos interlocutores se turnaban para hablarle.

-Es perfecta para vos, amigo. En serio.

-Ok, ¿pero quién es?

-Se llama Ana y es una amiga de una amiga –respondió Julia-. De Agustina, ¿te acordás? Vos la conociste en mi cumpleaños.

-Sí, sí, me acuerdo.

-Bueno, el sábado fue la fiesta de cumpleaños de Agustina y ahí estuvimos charlando con Ana. Es divina –Julia no podía ocultar su excitación.

-Mirá Manu: a la mina le encanta leer, como a vos; y le gusta la buena música, como a nosotros. Es del palo del rock argento y va a muchos recitales –Conrado se inclinó hacia adelante para hablar más cerca del oído de su amigo-. Y está re fuerte.

A oír la última frase, Julia golpeó suavemente a su novio en la cabeza.

-¿Querés salir vos con ella? –preguntó la joven, retóricamente.

-Está bien, está bien –afirmó Manu-. Ya compré.

-¿En serio? –preguntó Julia.

-Sí, sí.

-Entonces puedo organizar una salida entre nosotros cuatro, ¿te parece?

-Dale.

-Perfecto –interrumpió Conrado volviéndose hacia su novia-. Pero antes que nada, ¿puedo pasarle el Face de Agus así Manu puede ver algunas fotos de Ana primero?

-Sí, no hay problema –respondió Julia, quien seguidamente se puso de pie y caminó hasta la mesada para tomar un vaso con agua.

Por su parte, Conrado se puso a la par de Manu y señalándole la pantalla de la computadora donde el segundo tenía abierto su perfil de *Facebook* le sugirió en voz baja:

-Después mirate las fotos de Agus y Ana en bikini cuando se fueron el verano pasado a la playa. Haceme caso.

-¡Shhh! –susurró Manu, quien inmediatamente minimizó la ventana del explorador de Internet al advertir que Julia regresaba a la mesa y miraba la pantalla de reojo.

“La Privada” estaba encajada en un barrio recoleto, en el lado Este de la localidad, una especie de oasis rodeado de las principales fábricas de la región, entre las que se destacaban la cristalería de origen francés más grande del país, una embotelladora de gaseosas norteamericanas y una planta de capital nacional dedicada a la elaboración de papel reciclado y cartón corrugado.

Los terrenos de este peculiar barrio habían sido delimitados por el Obispado local a fines del Siglo XIX y, después de una primera etapa de desarrollo y crecimiento de la mano del ferrocarril, en los `40 se fundó el primer establecimiento educativo que fue de carácter público y laico, y funcionó en un predio prestado por un tambero y ubicado a tres cuadras de la estación de trenes, frente a la plaza Manuel Belgrano.

En un comienzo hubo una sola maestra que también se desempeñó como directora debido a la poca cantidad de alumnos ya que la mayoría de los chicos asistían a otros colegios de las zonas aledañas.

A partir de la expansión del barrio, con lo que tuvo mucho que ver la puesta en marcha de la primera línea de colectivos interurbana que cubría el recorrido que no podía realizar el tren, se fueron acercando cada vez más estudiantes a la escuelita pública. Este ramal se iniciaba en la estación de servicios ubicada a la vera de la avenida que corría paralela a las vías y que varios kilómetros más adelante desembocaba en la ruta que conducía a la costa atlántica.

La apacible belleza del barrio continuó atrayendo más residentes permanentes, muchos de ellos artistas que se dedicaron a documentar el progreso local a través de la literatura, la música, la pintura y la fotografía, principalmente; lo que generó una extraña pero armoniosa convivencia entre las artes y la producción fabril que inundó el ambiente de una energía única.

Y entre estos residentes fue muy nutrida la presencia de descendientes de británicos y estadounidenses que consideraron que la escuelita pública no podía satisfacer las necesidades de sus hijos, por lo que iniciaron un proyecto para fundar un colegio bilingüe.

Así lo creyó *Aileen*, la abuela materna de Conrado nacida en Escocia, quien se instaló en el barrio en 1941 junto a *Paul*, su esposo norteamericano, cuando éste pasó a

ocupar un puesto en el directorio de la cristalería local. El matrimonio, que tenía dos hijos, un varón y una nena, ambos de corta edad, se mudaron a una casa estilo Tudor situada a un par de cuadras del parque de la estación y que contaba con un amplio jardín, como la mayoría de los chalets de los alrededores, y un garaje de grandes dimensiones, el cual resultaba aún más extenso ya que sólo tenían un auto que utilizaba el marido de Aileen para ir a trabajar desde las primeras luces de la mañana hasta los últimos reflejos del atardecer, por lo que la mujer se pasaba casi todo el día sola con sus pequeños hijos, con los que debía movilizarse en transporte público, lo que demandaba demasiado tiempo.

Ante esta situación, Aileen, quien rápidamente entabló cordiales relaciones de amistad con vecinas en su misma posición, decidió abrir un jardín de infantes en el garaje de su propia casa al que comenzaron a asistir una decena de niños de entre 5 y 8 años, todos de origen anglosajón y que hablaban en inglés, por lo que las clases se dictaban en ese idioma para que los alumnos pudieran practicarlo fuera de sus hogares.

La abuela de Conrado también se encargó de contratar a la única maestra del jardín, *Jeannie*, mientras que ella se convirtió en tesorera y secretaria para administrar los 15 pesos por mes que pagaban los padres de los alumnos.

Por su parte, Jeannie era una joven soltera y recién graduada cuando se radicó en el barrio junto a sus padres y rápidamente se hizo muy amiga de su empleadora que terminaría convirtiéndose en una especie de hermana mayor, una guía en lo que sería una exitosa carrera docente.

Este jardín de infantes funcionó bien, o al menos de acuerdo a las expectativas de sus responsables, a pesar de que lo hizo de manera informal ya que nunca fue reconocido oficialmente por el Consejo Escolar local. Y en un par de años, cuando los chicos crecieron a la par de sus necesidades, quedó claro para Aileen y los otros padres

que la acompañaban que había que encontrar la manera de tener una escuela propia, de nivel preparatorio, hasta tercer o cuarto grado al menos, para no tener que enviar a los hijos a los colegios privados más alejados, los cuáles se ubicaban en el vecino partido de Quilmes, a medio camino de la Capital Federal.

Así fue que Aileen y compañía comenzaron a reunirse una noche a la semana en la casa de ésta para discutir los distintos proyectos sobre la escuela propia y esos debates fueron tan encendidos, aunque siempre en buenos términos, que en algunos casos se prolongaron hasta la madrugada.

Finalmente, el acuerdo fue adquirir un terreno en las adyacencias y construir el colegio desde los cimientos, para lo cual se iban a utilizar fondos propios y de lo recaudado a través de la organización de fiestas de *Canasta* y *Bridge* que se irían llevando a cabo en forma rotativa, en los domicilios de cada uno de los miembros de este grupo fundador y también en el club de golf ubicado frente al parque de la estación de trenes y que por entonces era el principal punto de encuentro de la comunidad. Y más aún, hasta muchos residentes porteños viajaban hasta el club para asistir a los recitales que allí brindaba todos los fines de semana una famosa orquesta norteamericana.

La mano derecha de Aileen para llevar adelante este proyecto fue *Mary*, quien se había mudado al barrio junto a su esposo, *Edward*, apenas un año antes de que se pusiera en marcha el plan de la escuela propia. Este matrimonio provenía de la Capital Federal y cuando la mujer pisó por primera vez aquel rincón del conurbano se enamoró perdidamente del mismo al punto que creyó haber llegado a un verdadero paraíso. Y por nada del mundo iba a permitir que le modificaran esta nueva vida, la cual deseaba de todo corazón para sus hijos más que nada en el mundo.

En base a mucho esfuerzo y dedicación, lo que implicó en innumerables ocasiones dejar en un segundo plano los asuntos personales, el grupo fundador adquirió de la empresa de ferrocarriles un terreno junto a un cruce de avenidas, a unas siete cuadras de la estación de trenes y por donde circulaba la única línea de colectivos, la clave para atraer a potenciales alumnos que residían más alejados.

Mary era una madre joven, cuyos hijos todavía no estaban en edad de ir al jardín de infantes, por lo que mientras cuidaba de ellos en su hogar, y Edward trabajaba todo el día en la cristalería donde había conocido al marido de Aileen, diseñó en papel lo que sería el primer edificio del colegio.

En realidad, se trataba de una sola gran aula y a la diseñadora se le ocurrió utilizar unos tabiques de madera desmontables para separar ese único ambiente en distintos salones de acuerdo a las necesidades del momento. Y, cuando por ejemplo, había que celebrar alguna fecha patria, esos tabiques se podían retirar y unificar todo el recinto.

El primer día de construcción de esta aula-escuela fue una gran fiesta para todo el barrio. Mary y su esposo, que tenía más conocimientos de golf que de albañilería, fueron los que dieron las paladas iniciales delante de todos los padres, alumnos y vecinos entusiasmados por semejante acontecimiento. Después del encadenado de los cimientos vino el levantamiento de las paredes con bloques de cemento y la colocación del techo a dos aguas de tejas coloniales de color rojo. Y cuando esta estructura base estuvo lista, Jeannie convocó a unos amigos suyos para que fueran a ayudar a pintar los fines de semana, como en una gran familia a la que se le fueron sumando chicos que no hablaban inglés pero que rápidamente fueron aprendiendo el idioma hasta alcanzar un nivel casi nativo.

En tanto, Mary siguió encargándose de recaudar fondos ya que los materiales de construcción costaban mucho dinero y tuvo la idea de organizar ferias de ropa y de artículos para el hogar usados, los cuales se vendían a precios accesibles en el predio de la escuela, los sábados por la tarde desde las 14 hasta el atardecer, para lo cual se montaba una hilera de tablones de madera, sostenidos por caballetes del mismo material y decorados con manteles floreados bordados a mano, los que cubrían con sombrillas de lona. Y a fin de año también se vendían dulces, velas y adornos alusivos a las fiestas.

En una ocasión, Mary donó a una de las ferias de ropa un sombrero de su marido quien no se quería desprender del mismo, por lo que el hombre fue a la escuela, lo compró y se lo llevó puesto de regreso a su casa.

Y como no podía ser de otra manera, fue en el living de la casa de Aileen donde se firmó la tan ansiada acta fundacional del colegio bajo el nombre de Escuela Privada o *Trevithick Community School (TCS)*, la cual sería un pilar fundamental en la promoción de la educación bilingüe y de los deportes, no sólo el fútbol, principal disciplina nacional; sino también del rugby, el atletismo y el hockey sobre césped, bastante menos comunes y desconocidos en la región.

Una vez que esta acta estuvo aprobada por el Consejo Escolar, los socios fundadores mandaron a imprimir unos folletos para promocionar el colegio que comenzó a funcionar con dos aulas, la oficina de la dirección, una sala de estar para las reuniones de docentes y padres, y un *toilette* para hombres y otro para mujeres; todo bajo el mismo techo y rodeados de un patio de tierra con una serie de árboles y arbustos recién plantados ya que el terreno había sido adquirido del ferrocarril completamente pelado y lleno de yuyos y residuos.

De acuerdo a dicho folleto, las clases comenzaban a las 8.30 y hasta las 11.30 se dictaban contenidos en inglés, mientras que desde las 13.30 hasta las 16 se enseñaba en

español, y los alumnos se dividían en dos niveles: inferior y superior, uno en cada aula disponible.

Las clases se dictaban en dos semestres, de marzo a diciembre, con un breve receso en julio y con los siguientes aranceles: 160 pesos para inferior, 270 para superior y 340 para doble turno, es decir, mañana y tarde.

La matrícula debía abonarse por adelantado y en dos cuotas, una por semestre; y cada socio también debía comprar acciones por 50 pesos para poder afrontar los costos “operativos” del establecimiento ya que éste era una entidad sin fines de lucro.

Y en cuanto a los contenidos, se dictaba historia, geografía, ciencias naturales, aritmética, dibujo, lengua y literatura, canto y manualidades.

Era muy común que en las clases se aprendiera cantando y jugando con letras y números, a lo que se sumaba la práctica deportiva para incentivar el trabajo en equipo.

Además, había clases sólo de idioma inglés para jóvenes adultos que se dictaban después de las 16 y durante las mismas se servía el té en el patio del colegio cuando el clima era agradable o en la sala de reuniones si hacía frío o llovía.

Desde la fundación formal se instalaron como celebraciones el Día del Imperio Británico (24 de mayo), la Revolución Argentina (25 de mayo), el Día de la Independencia de los Estados Unidos (4 de julio) y el Día de la Independencia de Argentina (9 de julio).

También se fijó para mediados de octubre el Día de los Deportes donde los alumnos competían en las distintas disciplinas que se enseñaban. Para tales fines, el alumnado se dividía en dos casas o “Houses”: la “Curie” y la “Kenny”, en honor a madame Curie y Sister Kenny, conocida por su trabajo contra la poliomielitis.

Además, se estableció que para celebrar el final del ciclo lectivo anual se celebraría un festival artístico.

Al ponerse en funciones, la escuela contaba con veinte alumnos, una directora, dos maestras (Jeannie para inferior y otra para superior), una Comisión Directiva (CD) compuesta por un presidente (Paul), un secretario (Edward), una tesorera (Aileen) y un administrador, por un lado; y un comité de compuesto por 16 matrimonios, quienes también participaron activamente de las competencias deportivas anuales, lo cual llegó a las páginas del único diario escrito en inglés en todo el país.

En esa oportunidad se destacó la “diversión” que había generado el evento con el “salto en alto” y las “carreras llanas”, entre otras disciplinas; y mientras esto ocurría, en el mástil de la escuela flameaba la bandera argentina a la par de la británica, una muestra de la concordancia entre personas de las dos nacionalidades, cuyo único momento de tensión ocurrió en 1982 con la Guerra de Malvinas, cuando se produjeron una serie de amenazas de bomba contra el colegio que resultaron falsas alarmas que se dieron especialmente en los días cercanos a las fechas patrias como el 25 de Mayo, cuando en el país se le mentía a la ciudadanía diciéndole que Argentina estaban “ganando” aquel conflicto bélico, el cual se trató con mucho tacto puertas adentro para no fomentar las rivalidades que claramente existían y que se procuraban evitar.

Fue precisamente esa convivencia pacífica la que atrajo desde un comienzo a los principales referentes de la comunidad, entre ellos *Henry*, el dueño de la embotelladora de gaseosas que residía en el barrio desde los `30, cuando su empresa era sólo una distribuidora que constaba de un simple galpón de chapa y él realizaba los repartos en su propia camioneta, y quien brindó su incondicional apoyo a la conducción de la escuela aunque sin poder ser un socio formal ya que sus dos hijos, *Danny* y *Constance*, eran ya grandes y cursaban el secundario en un instituto privado y bilingüe quilmeño.

Para llegar al barrio, Henry había tenido que convencer a su esposa de que se trataba de un lugar lindo y tranquilo, donde había pocas casas y mucho campo, una

forma de alejarse del bullicio y los espacios reducidos de las grandes ciudades a las que ellos estaban acostumbrados. Además, como el matrimonio era aficionado a los caballos necesitaban de terrenos amplios para promover la práctica del polo para los hombres y de la equitación para las mujeres, sus principales pasatiempos durante los ratos de ocio.

Durante los primeros años de la residencia de Henry y su familia, esos momentos de esparcimiento se produjeron en horas del día con luz natural ya que el trabajo más intenso y demandante en la distribuidora era de 18 a 6. Esta fue una etapa muy dura hasta que la empresa fue creciendo, adquiriendo camiones, personal y maquinaria y se convirtió en una embotelladora de punta –que le compraba las botellas de vidrio a la cristalería francesa vecina- y sumamente exitosa.

A su vez, Henry también se dedicó a la práctica del golf y si bien no fue un gran jugador obtuvo buenos resultados vendiendo las gaseosas en los torneos que se disputaban en el club, donde instalaba las viejas heladeras de hielo, del mismo modo que lo hizo también, aunque como donación, en las famosas ferias sabatinas de Mary. Y más tarde, Henry también prestaría mesas y sombrillas de la marca de gaseosas para la jornada en la que se celebraban los *Sports*.

En los `50, cada año parecía que se agregaba un aula nueva a la escuela y el crecimiento fue en sintonía al del propio barrio, donde a la cristalería y la embotelladora se sumó la fábrica de papel reciclado y cartón corrugado, la cual atrajo una gran cantidad de mano de obra y, por ende, de nuevos residentes. En los alrededores del colegio, las calles siguieron siendo de tierra y los chicos más revoltosos se divertían con el barro luego de la lluvia, a la salida del turno tarde.

Estos alumnos pasaban los recreos jugando al fútbol en el patio, el cual fue cubierto de conchilla ya que las autoridades del colegio querían reducir la cantidad de potencial lodo y evitar las quejas de las madres que debían fregar la ropa de sus hijos a

mano para poder quitar las manchas, y peleándose cada vez que la pelota caía en el jardín de la vecina que pinchaba las Número 5 con un cuchillo de cocina y las devolvía todas tajeadas.

La escuela nunca descansaba a pesar de que los inviernos eran muy crudos y sólo contaba con una estufa a kerosén para calefaccionarse. Una de las pocas oportunidades en las que sus puertas estuvieron cerradas fue durante el golpe militar del 55, oportunidad en la que los alumnos más chicos que no entendían la gravedad institucional de dicho evento disfrutaron de varios días sin clases, aunque lamentaron la cancelación de sus programas radiales preferidos como “Tarzán” y “Poncho Negro”.

Este tipo de presiones políticas habían comenzado en 1950, el “Año del Libertador General San Martín”, cuando el Ministerio de Educación de la Nación dispuso que esta inscripción debía figurar en la tapa de los cuadernos de todos los alumnos y junto a la fecha en cada una de las hojas que se utilizaban diariamente.

La “doble nacionalidad” de la escuela no fue sencilla, pero tampoco un conflicto ya que las disposiciones de ambos países pudieron convivir pacíficamente como, por ejemplo, en 1953, cuando se produjo la coronación de la Reina Isabel II de Inglaterra y la CD estableció que todos los alumnos participasen de la elaboración de una gran maqueta para reproducir el desfile de dicha coronación.

En tanto, la primera clase de séptimo grado se graduó en 1956 y constó de una comisión de ocho alumnos, entre ellos, Roy, el hijo mayor de Aileen, quien se convirtió en uno de los jóvenes del barrio que más promovió el uso de la bicicleta para trasladarse no sólo desde y hacia la escuela sino por toda la localidad. De hecho, fuera del horario de clases, sobre todo durante la primavera, Roy y sus amigos solían bicicletear hasta un arroyo cercano –actualmente contaminado como el Riachuelo- y realizaban un picnic en la orilla.

Podría decirse que Roy fue el pionero de los *delivery* en el barrio ya que luego de graduarse comenzó a trabajar para el almacén de los padres de una compañera de estudios ubicado frente a la estación de trenes y con su bicicleta se encargaba de repartir los pedidos puerta a puerta.

Tanto Roy como sus siete compañeros siguieron sus estudios secundarios en Lomas de Zamora, Quilmes y la Capital Federal; sin embargo, ninguno de ellos se mudó ya que todos tenían hermanos menores en la escuela local que seguían sus pasos.

El lazo de este grupo con el colegio y el barrio fue tan fuerte que Roy organizó un equipo de *baseball* que jugaba todos los fines de semana en el parque de la estación. Para ello, Aileen y los demás padres les regalaron los bates, pelotas y guantes necesarios para dicha práctica deportiva, una de las pocas que no se enseñaba en la escuela.

De esta manera, Roy y sus compañeros siguieron siendo amigos durante la adolescencia en la que conformaron, de manera extra oficial, la primera Comisión de Ex Alumnos, la cual se mantendría activa por muchos años en los que organizaron bailes en la escuela, para los que Henry donaba sus gaseosas y las chicas preparaban tortas y otras comidas rápidas.

Por su parte, los chicos construyeron una mesa de *ping pon*, que montaban y desmontaban en el patio durante esas reuniones.

Lamentablemente, esta comisión terminó desapareciendo cuando la mayoría de sus miembros concluyeron el secundario y continuaron con la vida adulta, ya sea en la Universidad o trabajando, fuera del barrio.

En los `60, la escuela pasó a contar con alumnos desde 1° a 7° grado, para lo cual, la CD decidió construir un anexo para el edificio, más grande que éste, en una sola planta pero con techo de losa, lo que permitía construir más adelante, y en el caso de que fuese necesario, un primer piso.

Esta nueva edificación, lindera a la anterior y con forma de herradura, tenía un patio interno rodeado de varias aulas, a las que se sumaron la biblioteca y las oficinas de administración.

Para entonces, la CD decidió que sería obligatoria la doble escolaridad, para cual distribuyó a los padres un nuevo reglamento para organizar la actividad del colegio de la mejor manera. Según estas reglas, tanto la directora como las maestras atenderían a los socios los jueves por la mañana, durante el recreo, para lo cual debían solicitar una entrevista previa. Mientras que los administradores atenderían todos los días de 9 a 11.

A los “señores padres” se les informó que en caso de retirar a su hijo de la escuela debían avisarle a las autoridades con anticipación ya que los alumnos sólo podían ausentarse con un permiso de sus padres autorizado por la dirección y si lo hacía durante cinco días corridas tenían que presentar un certificado médico que lo justificase.

En ese sentido, si un alumno contraía una enfermedad contagiosa o infecciosa no debía asistir a clases durante el período reglamentario de incubación y lo mismo se aplicaba para los hermanos del paciente. Y sólo podía regresar a clases con un certificado médico.

Algo similar ocurría con los “ejercicios físicos”, a los cuales sólo se podía faltar con un certificado médico.

Respecto a la mala conducta, por cada acción cometida, el alumno recibiría una amonestación y a las cinco sería suspendido por cinco días. Y en casos extremos, tanto la dirección como la CD se reservaban el derecho a expulsar al mal alumno.

En ese marco, el reglamento estableció que cualquier daño material provocado “intencionalmente” por un alumno contra el edificio escolar debía ser abonado por sus padres y ante cualquier penitencia, la misma sería supervisada por una maestra.

En tanto, la CD estableció que “todos” los alumnos debían llevar el uniforme reglamentario “limpio y prolijo” y que no podía usar alhajas. Y para evitar los extravíos, debían colocar su nombre en cada una de sus prendas de vestir. En el caso de las mujeres, el uniforme constaba de una especie de túnica gris y para los varones se completaba con un pantalón del mismo color, con una camisa celeste y corbata azul.

Luego, a fines de los `70, se construyó la planta alta del anexo donde comenzaron a funcionar las aulas del secundario y el laboratorio para dar clases de química, física y biología, y al que se accedía por una peligrosa escalera lateral de hierro.

La cantidad de alumnos creció exponencialmente y los servicios de la escuela debían estar a la altura para satisfacer las necesidades de los chicos y las de sus padres que ya no conformaban familias que vivían en el mismo barrio, sino que provenían de otros puntos del conurbano como el vecino partido de Florencio Varela.

En esta etapa de la escuela una figura clave fue la de la directora *Grace*, nacida en Escocia y radicada en Argentina desde los seis años. Esta docente había residido, estudiado y trabajado en Quilmes, donde también se destacó como jugadora de hockey sobre césped, deporte en el que llegó a jugar en primera división a los 14.

Y cuando su esposo entró a trabajar en la embotelladora de gaseosas y conoció a Henry y otros padres de alumnos de La Privada, Grace decidió mudarse al barrio, enviar a Laura, su hija menor, a estudiar allí y así fue forjando su vínculo con el colegio, hasta que dada su trayectoria en otros establecimientos educativos bilingües asumió la dirección, en tanto que su marido ocupó distintos puestos dentro de la CD.

La nueva directora innovó desde el inicio y, ante la creciente cantidad de alumnos que no vivían en las cercanías de la escuela sumado a que había poco tiempo para almorzar entre el turno mañana y el turno tarde, decidió poner en marcha un

comedor en uno de los ambientes más amplios del anexo, para lo cual contrató a una cocinera que trabajaría allí durante más de 30 años, hasta el día de su muerte. Y también inauguró la prestación del servicio de micros para trasladar a los chicos desde la puerta de sus respectivas casas hasta el colegio y viceversa, ya que antes de esto los padres organizaban por su propio *pool* de transporte utilizando los autos particulares más espaciosos, como los Ford Falcon Rural, muy comunes en aquella época.

Así, los ruidosos y torpes Mercedes Benz 1114 color naranja, propiedad de una familia socia de la escuela, pasaron a copar las tranquilas calles del barrio y sus alrededores hasta la llegada, con el nuevo milenio, de las actuales combi; más compactas, modernas y versátiles.

Además, Grace organizó la recaudación de fondos entre los socios para colocar las baldosas de cemento en el patio del primario y el anexo, y así eliminar definitivamente la conchilla que cubría el suelo para evitar el clásico barro de los días lluviosos, el cual siguió siendo un común denominador fuera del establecimiento ya que la mayoría de las calles no serían asfaltadas hasta mucho tiempo después.

Esta gran familia escolar, o “la prolongación de la propia familia” como Grace solía repetir en cada acto o reunión, tuvo su momento más emotivo a mediados de los `80 cuando se graduó la primera clase del secundario, de la que formó parte la hija de la directora, quien al concluir sus estudios terciarios regresaría al colegio como maestra de inglés.

Y otro hito en la historia de La Privada fue la construcción de un nuevo y más cómodo edificio en un terreno baldío ubicado enfrente del original y su anexo donde funcionaría sólo la primaria y el jardín de infantes, mientras que en el viejo quedarían únicamente los estudiantes secundarios, que eran menos en cantidad.

Por su parte, Conrado, el mayor de cuatro hermanos, todos ellos estudiantes de La Privada, ingresó a la escuela primaria en 1986 –con el nuevo edificio ya operativo aunque no concluido- y fue compañero de uno de los nietos de Grace quien, al igual que su abuela, se destacó como jugador de hockey en un par de clubes quilmeños; al tiempo que Mónica comenzó como maestra jardinera, luego pasó a ser la asistente psicopedagógica y finalmente la directora del área.

Entre los compañeros de Conrado también estuvo Eugenia, la hija de Danny y nieta de Henry, quien heredó de sus abuelos la pasión por los caballos, por lo que desde chica se dedicó a la equitación y ya de grande a la veterinaria. Esta joven era bellísima y Conrado la “conquistó” en segundo y tercer grado, pero la “relación” no fue más allá que el intercambio de un par de cartas manuscritas y fotografías. Más, adelante, en el secundario, el joven intentó retomar el vínculo pero no nunca pudo.

Durante la primaria, Conrado tuvo como maestras a Irene y Carol, las dos hijas de Jeannie, que daban clases de L&C y M&S, respectivamente. Además, Carol era una fanática de las bicicletas, especialmente los de diseño británico con canasto adelante y porta equipaje detrás, y fue la encargada de organizar los sábados de los “Sports” que los alumnos de cada “House” –estas habían pasado de dos a tres: “Blue”, “Green” y “Red”- se movilizasen en sus propias bicicletas desde la puerta del colegio hasta el predio donde se desarrollaría la competencia deportivas.

A finales de los `80, la escuela alquilaba espacios verdes a particulares para poder desarrollar sus clases de Educación Física y los tan esperados “Sports”, y los mismos siempre estaban ubicados cerca del colegio como, por ejemplo, el predio de la embotelladora de gaseosas de Henry, donde sus empleados solían disputar larguísimos torneos de fútbol aprovechando que contaban con una de las pocas canchas de 11 de la zona y un amplio quincho para hacer los asados del “tercer tiempo”.

Para Carol, y toda la dirigencia de la escuela, la competencia deportiva era clave para que los chicos aprendiesen a trabajar en equipo, a ganar y perder con honor, y también para afianzar el vínculo de los alumnos con la institución y así esta dejaría de ser un lugar de paso. Entonces, a la maestra se le ocurrió como ceremonia de apertura de los “Sports” formar una hilera de ciclistas por “House” y cada una de estas tres encabezarlas con un capitán que portaría un banderín con los colores representativos de su agrupación: azul, rojo o verde.

Este proceso de arraigo se completó en los `90, cuando la escuela finalmente adquirió su propio campo de deportes, para lo cual ya no necesitó organizar recaudaciones ni donaciones sino que recurrió a jugosos préstamos bancarios. Este predio ocupaba una manzana y media a unas ocho cuadras del colegio y para los alumnos varones se tornó una especie de templo al que no se podía faltar por más que lloviese o hiciese frío. Y las competencias inter escolares de fútbol, hockey o rugby, estuvieron a la orden del día tanto durante la semana como los sábados y domingos.

A partir de aquí se podría decir que se produjo la época dorada de la escuela que llegó a tener dos comisiones por grado en la primaria y un novedoso laboratorio de computación, tanto en un edificio como en el otro, a los que se sumaron, a partir de las gestiones que realizó Grace con sus contactos extranjeros, los certificados internacionales de idioma inglés como el PET, FC y IGCSE.

Y fue en estos años dorados en los que Manu ingresó al secundario y tuvo como compañero a Conrado, de quien nunca se separó ya que en este nivel de enseñanzas había una sola comisión por clase.

Pero el espacio siguió siendo escaso, sobre todo en el área del comedor, por lo que la CD decidió volver a recurrir a los bancos para levantar en el ala opuesta al jardín de infantes, lindero al patio del primario, el monstruoso Salón de Usos Múltiples

(SUM), una construcción con bloques hormigón de dos pisos, en cuya planta alta funcionó un comedor con cocina tipo restorán y en la baja un auditorio con un escenario que nada tuvo que envidiarle a los teatros profesionales.

Y de esta manera, todos los alumnos podían quedarse a almorzar en el colegio – el comedor pasó a tener dos turnos, uno para primaria y otro para el secundario- y los actos escolares ya no se suspendieron por lluvia ya que se realizaron bajo techo.

El SUM fue un verdadero lujo ya que contó con camerinos especiales y equipos de luces y sonido de última generación, por lo que también se lo utilizó para actividades artísticas extra curriculares como encuentros corales y la Feria del Libro.

A estas alturas, Laura, la hija menor de Grace, ya había conformado una Comisión de Ex Alumnos, esta vez de manera formal; mientras que su abuela se jubiló, siendo para toda la comunidad escolar la mejor directora en la historia del colegio.

Esta Comisión se fijó entre sus principales objetivos reunir aportes para becas, intercambios estudiantes al exterior, viajes de estudio y la financiación de un libro sobre la historia de la escuela.

Y también se encargó justamente de realizar una ceremonia para despedir a Grace con honores y también de crear una canción alusiva a la escuela, la cual se estrenó para la épica fiesta del 50mo. Aniversario y desde entonces se convirtió en un himno que se cantó en cada uno de los actos; incluso en la primera década del Siglo XXI, cuando La Privada, al igual que el país, sufrió un profundo deterioro general que produjo momentos de crisis y una considerable pérdida de socios.

III

El piso de parquet mantenía frescos los pies descalzos de Manu, quien se hallaba en el interior de su habitación, la número 7 de la posada, luego de haber dormido una larga siesta para recuperar el sueño perdido durante el viaje de micro ya que a él siempre le había costado descansar en ese tipo de travesías. De hecho, excepto por su propia cama, le resultaba incómodo dormir en cualquier otro sitio y circunstancia. Sin embargo, aquella tarde, tras la partida de Ana, pudo conciliar el sueño con bastante facilidad, aprovechando que se largó un breve, pero intenso, chaparrón que le impidió disfrutar del jardín y, sobre todo, la pileta.

El dormitorio tenía una cama de dos plazas con estructura de madera –en *Los Sauces* cada objeto móvil a la vista parecía ser de ese noble material-, una mesa con dos sillas ubicada en un rincón junto al placar empotrado en la pared y un baño con ducha. Las paredes revocadas con yeso estaban pintadas de un color tipo sabayón y mientras de una de estas colgaba un televisor LED enfocando hacia la cabecera de la cama, en otra había una ventana de tres hojas que ofrecía una espléndida vista del parque florido.

Después de la siesta y la ducha, Manu se recostó a leer el libro sobre la historia de la villa que le había prestado Odek y casi sin darse cuenta llegó el anochecer y con él, la hora de alistarse ya que Ana pasaría a buscarlo en breve.

Así que rápidamente se vistió con ropa ligera: una remera de mangas cortas y una bermuda de jean, ya que la lluvia no había hecho descender la temperatura, por el contrario, había aumentado la sensación térmica debido a un elevado porcentaje de humedad; y unas zapatillas de lona, sin medias. Más aliviado, dejó el libro prestado sobre una de las mesitas de luz junto a su par de anteojos que utilizaba para descansar la vista y fue a esperar a Ana al living de la entrada, donde un matrimonio joven tomaba

mates al tiempo que sus dos hijos pequeños jugaban con los de Odek tirados en el piso repleto de juguetes y en el que estaban echados los dos ovejeros del polaco, mansos y casi dormidos, como si el bullicio que los rodeaba no afectase su paz interior en absoluto.

“La paz animal no se parece en nada a la humana”, evaluó Manu en voz baja y mirando desde su mesa, y con cierto dejo de envidia, a los dos canes que permanecían inmóviles, salvo por el suave meneo de sus pechos al compás de una honda respiración; mientras en sus manos tenía un folleto que le había dado Odek sobre la excursión a *Gipfel*, un cercano pueblo de montaña ubicado al noroeste del valle, una de las principales atracciones del mismo.

Manu leía el folleto cuando sonó su *smartphone*: acaba de recibir un mensaje instantáneo de Ana en el que ésta le avisaba que estaba en la puerta de la posada, esperándolo en el auto. Entonces él se asomó por el ventanal que daba al frente y al ver las luces del vehículo encendidas salió al encuentro de la mujer, quien llevaba puesto un vestido corto -justo arriba de la rodilla- y suelto que dejaba ver que sus piernas delgadas y atléticas, a pesar de que lo único que había hecho en la última década por mejorar su estado físico fue dejar de fumar.

Era una noche clara, con un cielo despejado y repleto de estrellas, y desde la tranquera de entrada a la posada, Manu pudo ver en lo alto de la ladera que se levantaba delante de él hacia el norte, una figura luminosa y triangular, como si fuese la punta de una flecha.

-Guau –expresó Manu boquiabierto desde el asiento del acompañante y con los ojos atravesando el parabrisas-. ¿Qué es eso?

-Es un monumento a la Virgen del Valle.

-Brilla más que la Luna.

-¿Viste? Es hermoso. Y alrededor hay un mirador desde el que se puede ver toda la villa, de punta a punta –indicó Ana mientras conducía hacia el centro comercial.

-Tenemos que subir ahí.

-Ok –la mujer asintió con la cabeza-. El mejor momento del día para hacerlo es al atardecer, porque la luz natural es ideal y la caminata no es muy larga.

-¡Genial! –Manu se frotó ambas manos y luego tamborileó con sus dedos sobre el borde de la guantera abierta del Fiat 147.

La luz de la Virgen los acompañó durante el breve recorrido hasta el centro, adonde Ana condujo a Manu hasta a un patio cervecero al aire libre con piso de piedra y un mobiliario construido con enormes pedazos de tronco que se ubicaba en una esquina frente a la plaza principal y en el que servían pizzas, empanadas, picadas, entre otras comidas rápidas y minutas, además de una gran variedad de cervezas.

-Tu amigo polaco me sugirió un montón de cervezas finas y *Premium*, siempre y cuando sean tiradas –dijo Manu una vez que con Ana estuvieron acomodados en una mesa redonda para dos y él comenzó a repasar la carta del menú.

-Es que todos los productos artesanales pierden gran parte de sus virtudes cuando quedan embotellados o envasados por mucho tiempo.

-Entiendo.

-Lo mismo pasa con los dulces.

-Ajá.

Por entonces en la villa se elaboraban y envasaban seis principales tipos de cerveza utilizando el agua de las sierras, y las maltas, lúpulos y levaduras nacionales e importadas de acuerdo a la Ley de Pureza alemana de 1516.

Esta ley, la *Reinheitsgebot*, fue decretada el 23 de abril de aquel año por Guillermo IV de Baviera y estableció que la cerveza debía ser elaborada a partir de tres

ingredientes: agua, cebada malteada y lúpulo. En aquella época no se mencionó la levadura porque ésta fue descubierta recién en 1880 por Luis Pasteur como parte del proceso de fermentación de la cerveza.

Antes de conocer este mecanismo, los cerveceros tomaban el sedimento de una fermentación previa y lo agregaban a una nueva. Y si no lo lograban, colocaban una serie de vasijas y así la levadura aparecía por sí sola.

En realidad, la principal motivación de esta ley fue que Guillermo IV de Baviera tenía el monopolio de la cebada y así se aseguró no competir con otros cereales, aumentando tanto sus ventas como el precio de su producto.

Esta regulación, que se cree que fue la primera para un alimento, se creó en la ciudad alemana de Ingolstadt, junto al río Danubio, y permaneció en vigor hasta 1986, cuando fue sustituida por las nuevas regulaciones de la Unión Europea.

En tanto, la villa ofrecía la clásica cerveza rubia americana, amarga y con un nivel de alcohol medio; la de trigo, muy refrescante y aromática, con bajo alcohol y que se elaboraba con malta de cebada, lúpulos nobles alemanes, levaduras belgas, coriandro y cáscaras de naranja; la tradicional cerveza escocesa con lúpulos y levaduras inglesas y un toque ahumado proveniente de las maltas; la típica cerveza roja irlandesa con una base de malta acaramelada y cebada tostada; una cerveza de trigo y miel más dulce y espumosa que la belga; la cerveza oscura con malta Pilsen e ingredientes naturales ingleses, sin colorantes; la infaltable color ámbar rojizo hecha con malta de Múnich, brillante, con una espuma más moderada y un amargo medio pero sólido; y la cerveza de frutos rojos de las sierras combinados con los lúpulos alemanes que la convertía en una bebida delicada y suave.

-Che, Anita –Manu llamó la atención de la mujer antes de que ambos atacaran la pizza napolitana que la mesera acababa de dejar en la mesa junto a dos jarrones de

cerámica de medio litro, uno con cerveza de trigo y miel para ella y el otro con una roja de Múnich-. ¿Qué es ese edificio alto que se ve por allá? –el hombre estiró su brazo y señaló hacia un tramo de la avenida ubicado sobre una loma, a unos 300 o 400 metros de distancia de su posición.

Ana, que estaba sentada de frente a Manu giró sobre sus espaldas y enseguida advirtió a lo que él se refería.

-Ése es El Mirador de la villa –respondió la mujer volviéndose hacia Manu, quien terminaba de tomar un largo trago de cerveza que le refrescó la garganta y calmó una sed que no lo había abandonado en ningún momento de la noche, la cual desprendía una incómoda pesadez que hacia transpirar a todos de los pies a la cabeza.

-Pero parece la torre de un castillo medieval. Hasta tiene cuatro garitas, una en cada vértice –Manu depositó el jarrón sobre la mesa sin apartar la vista de aquella construcción de unos 25 metros de alto, con murallas de ladrillos y de las que colgaban unos faroles de hierro negro que difundían una luz amarillenta que alumbraba el vidriado hall de entrada del Centro de Convenciones Municipal situado detrás, junto a la Secretaría de Turismo, que completaba este trío de edificios relativamente jóvenes ya que habían sido levantados hacía unos 15 años, para celebrar especialmente el 70mo. Aniversario de la fundación de la villa. Y a la misma altura, pero al otro lado de la avenida, se ubicaba la comisaría, que se parecía más a una cabaña habitada por duendes y gnomos.

-Sí, ya sé. Queda como un poco descolgada del resto de la arquitectura, ¿no?

-Bastante, pero no deja de ser muy atractiva.

-Y, además, desde allá arriba se tiene una vista panorámica increíble de la villa. Aunque cuesta bastante subir porque tiene una escalera empinada con más de cien peldaños.

-Me imagino.

-¿También quieres que subamos ahí? –Ana sonrió con ironía.

-No ahora, tal vez mañana –bromeó Manu y luego largó una fuerte carcajada, mientras que ella comenzó a comer su primera porción de pizza con la mano, sin recurrir a los cubiertos.

Manu la imitó pero sin poder dejar de mirar a su alrededor, donde el bullicio de los comensales y de los vehículos que transitaban por la avenida se contraponían con la calma que él había advertido por la tarde, más precisamente entre el almuerzo y la merienda, cuando las personas se retiraban a descansar o abandonaban el centro para realizar distintos paseos por los alrededores. Evidentemente, la noche de la villa tenía un ritmo de vida propio.

-Qué lugar interesante es éste –retomó Manu al terminar de masticar y justo antes de beber un poco más de su cerveza.

-¿Por qué lo decís? –Ana miró fijo a su interlocutor.

-Por nada es particular. Es que estoy leyendo un libro sobre la historia de la villa que me prestó el polaco y me enganché enseguida, especialmente, con la primera etapa, la fundacional.

-Yo no leí ningún libro sobre la villa pero los lugareños me han contado infinidad de historias interesantes.

-Lo que más me llama la atención es como ha logrado perdurar por décadas como un pequeño pueblo europeo en medio de Sudamérica.

-Yo no conozco Europa, así que no tengo un punto de comparación –indicó Ana limpiándose el aceite de las manos con una servilleta de papel-. Pero, ¿no es un sitio encantador? –la mujer extendió sus brazos hacia ambos lados como si fuese a abrazarse con todo lo que la rodeaba en aquel momento.

-Desborda de belleza –afirmó Manu, risueño y sin apartar su vista del rostro de Ana, iluminado por los cálidos faroles del patio.

La villa nació de las entrañas de unas 300 hectáreas de campo abierto que había sido habitado el pueblo originario de los Comechingones y que dos ciudadanos alemanes, Hans y Karl, residentes en la Capital Federal, donde se cruzaron de casualidad, le compraron a un estanciero local, perteneciente a una familia tradicional de las fuerzas armadas.

En la primera parte del Siglo XX, este lugar pasó a llamarse “Parada del Medio” ya que apenas se trataba de una posta a mitad de camino entre la entrada al valle y el centro del mismo, los dos puntos donde ya se habían levantado las principales poblaciones de la región.

Fue un proceso fundacional similar, y prácticamente simultáneo, al de Villa Gesell en la Costa Atlántica bonaerense, salvando las marcadas diferencias geográficas entre una villa y la otra, aunque en ambos casos sus “padres” fueron unos alemanes que buscaban su lugar en el mundo luego de haber escapado de las secuelas de la guerra en Europa.

Tras la compra de las 300 hectáreas, Hans y Karl comenzaron a lotear el lugar, para lo cual utilizaron un gancho publicitario que apeló a la nostalgia de los inmigrantes indicándoles que allí iban a poder formar una segunda patria y volver a sentirse como en casa. Además, los precios de los primeros lotes fueron accesibles y variaron de los 380 a los 1.500 pesos, dependiendo de la ubicación.

A medida que los nuevos propietarios de la tierra fueron afincándose, también lo hicieron los visitantes de paso, por lo que Hans y Karl utilizaron sus grandes ranchos como pensiones, en las que los huéspedes podían dormir y comer por 2 pesos el día,

aunque la idea principal era que esta colonia se manejase como una cooperativa y recurriendo al sistema del trueque.

Claro que en un comienzo estos pioneros debieron trabajar duro, cultivando la tierra y criando animales para alcanzar su objetivo inicial de instalar una colonia agrícola ganadera autoabastecida; pero también forestando ya que la vegetación crecía al ras de piso, entre montes y vizcacheras, a tal punto que se podía ver todo el valle de una punta a la otra al tiempo que los fuertes vientos arrastraban consigo las canciones de las aves hasta las alturas de las sierras.

A estos laboriosos alemanes, que introdujeron el pino a la flora local, le siguieron los austríacos, que promovieron el negocio gastronómico. Y de esta manera, surgió el turismo en la villa, lo que terminaría siendo la principal actividad tanto allí como en el resto del valle.

Actualmente, la villa contaba con 6 mil habitantes, 4 mil de ellos ocupados de forma activa y su gran mayoría como empleados del sector privado o como trabajadores independientes en el rubro comercial, gastronómico y hotelero.

Pero hubo un hecho en la historia de la villa que marcó un antes y un después, y hasta provocó que cambiase de nombre, y fue el arribo de un grupo de marineros perteneciente a un buque de guerra nazi hundido en el Río de la Plata.

Estos jóvenes, de entre 19 y 21 años, deambularon casi un año entre una costa y la otra hasta que el gobierno argentino los acogió y decidió reubicarlos en distintos puntos del Interior del país, entre ellos, “Parada del Medio”, donde ya residía una mayoría de germano parlantes que les dieron la oportunidad de rehacer sus vidas, lejos de los fantasmas de la muerte que rondaban la Segunda Guerra Mundial.

Los residentes de la villa creyeron inicialmente que estos jóvenes rubios, fortachones y con gusto a sal marina, estarían de paso hasta que terminase el conflicto bélico, pero no fue así y los planes provisorios se convirtieron en permanentes.

El aporte de estos marineros fue clave en el crecimiento posterior de la villa ya que con sus bombachas de campo, alpargatas y un dificultoso español se acoplaron a la cultura local y formaron familias con las mujeres jóvenes del pueblo. Así se convirtieron en una fuerza laboral incansable, que sólo descansaba por las noches cuando estos jóvenes se reunían a beber cerveza y a contar historias sobre el frente de batalla en algún bar.

Y si bien hubo numerosas peleas de borrachos entre estos ya ex marineros y los residentes nacionales, el único gran conflicto se produjo durante una madrugada del 9 de Julio cuando, después de un baile que terminó a las piñas entre extranjeros y criollos, una bandera argentina fue robada del patio de la por entonces única escuela de la villa – de carácter público y que enseñaba hasta el sexto grado- y luego apareció quemada y pisoteada, lo que redondeó en un confuso episodio que nunca terminó por esclarecerse, aunque en un primer momento la comunidad acusó de negligente a la pobre directora del establecimiento educativo por haberse olvidado la bandera en el mástil, mientras que la Justicia imputó de “hurto y daño” a tres de los alemanes del buque que habían sido vistos por varios testigos deambulando en estado de ebriedad por los alrededores del colegio. Pero estos sospechosos sólo admitieron haber participado de la riña y negaron cualquier vinculación con el hecho de la bandera.

La noticia sobre este episodio recorrió el país, donde los principales líderes políticos expresaron su indignación, pero la falta de pruebas contundentes resultó tan evidente que las autoridades buscaron calmar los ánimos de los inmigrantes germano parlantes que se sintieron agraviados y se colocaron a la defensiva, y decidieron cambiar

el nombre del pueblo por el de *Villa Alemana*, como una demostración de que no se buscaba perseguir a las personas de esa nacionalidad.

De esta manera, los rumores y conjeturas, alimentados por los celos entre los jóvenes criollos y los alemanes, proliferaron por todo el valle y nunca se supo qué fue lo que realmente pasó aquella convulsionada y gélida madrugada invernal.

El ataque a la bandera argentina terminó convirtiéndose en un tema prohibido, tal como ocurrió con los casos de discriminación hacia determinados inmigrantes alemanes a los que algunos, equivocadamente, consideraron nazis por el sólo hecho de haber nacido en la misma tierra que Hitler y poseer algún conocimiento o formación militar.

Y más de una de estas víctimas de la ignorancia debió abandonar la villa, por ejemplo, Friedrich, un médico judío berlinés, aficionado al alpinismo y ex combatiente de la Primera Guerra Mundial, quien optó por instalarse junto a su familia en la base de la cima más alta del valle donde luego se fundaría *Gipfel*.

Sin embargo, las largas veladas en los bares acompañadas de copas, canciones y extenuantes discusiones, sirvieron también para que los fanáticos de la bebida y la música, tanto los extranjeros como los criollos, eligieran el día del comienzo de la primavera como la fecha para celebrar anualmente la “Fiesta de la Cerveza”, la que tiempo después, y por disposición de las autoridades municipales, se prolongaría desde esa jornada hasta el Día de la Raza, en octubre, que coincidía con la fundación oficial de la localidad.

De todos modos, la presencia de los ex marineros en la villa fue vista por las autoridades de la Embajada de Alemania en el país como una potencial fuente de conflictos con la comunidad local, por la que estas decidieron construir un campamento para tener a todos esos jóvenes juntos en un mismo lugar y así poder controlarlos de

cerca. Y como cada uno de estos gauchos rubios tenía un oficio –plomería, electricidad, albañilería, carpintería, tornería, etc.-, ellos mismo construyeron su nuevo “cuartel”, en el que llegaron a tener un establo con sus propios caballos.

Y desde esta colonia fueron fomentando la integración organizando distintas actividades no sólo comerciales, a través de la cría de animales de granja, sino también sociales como comidas, festivales de música orquestal –todos los ex marineros eran grandes instrumentistas- y reparto de regalos artesanales para la Navidad.

La villa parecía haber recobrado la calma hasta que en el último año de la Segunda Guerra, Argentina rompió formalmente relaciones con Alemania y decidió deportar a los ex tripulantes del buque hundido, una medida que conmocionó a todos los habitantes del pueblo.

La primera reacción de los jóvenes marineros fue casarse con sus respectivas novias locales, lo que les permitiría seguir residiendo en la villa, y varios de los que no pudieron hacerlo escaparon con rumbo incierto o se ocultaron en distintos puntos del valle como, por ejemplo, las cuevas de los cerros de *Gipfel*. El resto, que se quedó en el campamento –posteriormente clausurado y demolido- y acató las nuevas directivas, fue transportado en micro hacia la Capital Federal, desde donde regresaron a su tierra natal a tener que soportar las terribles secuelas de la guerra que acababa de devastar el Viejo Continente.

Aquella partida fue una jornada triste para villa, cuya comunidad sintió un profundo vacío y una dolorosa desazón pero, al igual que su querida Alemania, con el paso del tiempo logró reponerse y salir adelante sin abandonar sus tradiciones ni traicionar su identidad, al punto que su Fiesta de la Cerveza se convirtió en una de las principales atracciones de la Argentina.

Y apoyada en este éxito rotundo, Villa Alemana pasó a formar parte de la Red Federal de Municipios Turísticos Sustentables de la provincia, la cual se autodefinía como un espacio de trabajo en el que se buscaba mejorar las condiciones para el desarrollo sustentable de las comunas que fomentaban la actividad turística de manera moderada o intensa.

-Debo confesarte -arrancó Manu al terminar el último sorbo de su cerveza-, que me sorprendí bastante cuando me dijiste que en tus vacaciones te ibas a quedar a acá en vez de volver a los pagos para visitar a tu familia.

-¿Para tanto? -Ana abrió grande sus ojos achinados sin delinear, lo que se correspondía con el *look* natural que ella solía mostrar en público, ya sea en su lugar de trabajo como en el ámbito de su vida social.

-Y sí -él alzó su palma derecha y luego la apoyó sobre su cachete del mismo lado, inclinando su cabeza ligeramente hacia ese costado, como si su cabeza le pesase demasiado y requiriese un descanso-. Vos siempre fuiste muy unida a tu familia, por decirlo de alguna manera. Además, supuse que extrañarías tu querida ciudad.

-Las dos cosas son ciertas -la mujer hizo una breve pausa y depositó su jarra de cerveza vacía sobre el mantel de papel humedecido por las gotas de condensación que recubrían la base de dicho recipiente-. De todos modos, yo ya estuvo por allá el año pasado y mis viejos y mi hermano vinieron para acá en las últimas fiestas.

-Cierto, algo me comentaste -Manu retiró la palma de su mano de su cachete y la pasó por su frente cubierta de sudor-. Y todavía estoy ofendido por que no me avisaste cuando anduviste por allá.

-¡Jajá! Fue un fin de semana largo, nomás. Además, fue justo en la época en que me estaba separando.

-Ya sé.

-¿Qué pretendías que hiciera? ¿Qué te llamara en plena crisis para terminar de una con mi pareja?

-No te pongas a la defensiva que sólo te estaba haciendo una broma. ¡¿Cómo me voy ofender?!

-Ah, ok. Mejor cambiemos de tema ¿De qué estábamos hablando antes?

-De tu familia y las fiestas.

-Cierto.

-¿Y cómo la pasaste en esas fechas?

-Re bien. Como mi amiga estaba de viaje tenía la cabaña a mi entera disposición para recibir a mi familia, así que estuvimos juntos todo el tiempo desde la Nochebuena hasta Año Nuevo.

-¡Qué bueno!

-También debo reconocer que me hubiese gustado ir ahora para allá pero no pude.

-¿Por qué?

-Porque mis viejos se fueron a la costa con una pareja amiga y mi hermano está todo el día trabajando o en lo de la novia, por lo que hoy allá estaría completamente sola.

-Claro –asintió Manu, quien estuvo a punto de decirle que no hubiese estado sola del todo, pero se contuvo. Vamos de a poco y sin apuro, se auto convenció.

-Por eso preferí quedarme acá.

Lo cual a mí me vino de maravillas, pensó él sonriente.

-Entiendo -asintió Manu mirando hacia la barra del patio, desde donde los incansables meseros distribuían los pedidos de los comensales-. ¿Querés otra cerveza? Yo otra me tomo, porque estoy muerto de calor.

-Bueno, dale. Yo te acompaño.

Manu llamó con una seña a la mesera asignada a su mesa y si bien la empleada tardó unos segundos en observarlo, cuando lo hizo, él inmediatamente levantó la jarra vacía en una mano y en la otra los dedos índice y mayor, y ella captó el mensaje correctamente, por lo que un par de minutos después se acercó a la mesa con las dos bebidas.

-¿Y vos que planes tenés para tus vacaciones? -preguntó Ana una vez que la mesera se alejó de la mesa apurada.

-Por lo pronto, me voy a quedar acá -Manu tomó su jarra llena y la elevó hasta la altura de sus hombros, como en una especie de brindis retórico-. De momento, ése es mi único plan.

-¿Cuánto tiempo pensás quedarte?

-Depende. No lo sé todavía.

-¿De qué depende?

-... depende, ¿de qué depende? De según como se mire, todo depende... - canturreó él.

-Te estoy hablando en serio y vos me respondes con una canción -Ana sacudió su cabeza, en la que su cabellera estaba recogida con un rodete.

-¿Qué querés que te diga, Anita? -Manu se cruzó de brazos, mientras que ella se quedó callada-. Depende de varias cosas...

-¿Cómo cuáles? Dame algún ejemplo, así te entiendo mejor...

-Anita -Manu se acomodó en su asiento, inclinando su torso hacia adelante-, vos sabés perfectamente cuál es mi situación actual. Ya te lo dije.

-¿Y?

-No te hagas la zonza, ¿sí?

Ana frunció el ceño y bajó la mirada.

-Es obvio que, para mí, depende principalmente de vos -continuó él.

-¿De mí solamente? -Ana se apuntó al pecho con la yema de sus dedos.

-Bueno, de los dos.

-Ajá.

-Me moviliza la curiosidad por saber cómo sigue nuestra historia.

-No sé si existe una historia entre vos y yo. Digo, en la práctica. Siempre fue algo que se dio más en el plano ideal.

-Puede ser -Manu bebió un nuevo trago para quitarse la saliva de la boca-. Igualmente, yo creo que sí tenemos una historia, no será una historia de amor, como calculo que vos quisiste decir, pero es una historia real.

-Si vamos a tener en cuenta el sentido amplio de palabra historia, creo que podés llegar a tener razón.

-¿Viste? Con distintos matices pero los dos coincidimos en más cosas de las que vos pensás.

-¿Y eso que quiere decir? -Ana junto las puntas de sus dedos, hacia arriba, y agitó la mano.

-Que no nos tenés fe -Manu largó una carcajada que se perdió en el bochinche de un patio cervecero repleto de gente, tanto de los comensales como de los peatones que iban de paso, se detenían a averiguar por los precios, ofertas y espacio disponible, y finalmente continuaban con su paseo.

-¡Mirá quién habla de fe! -exclamó Ana-. Si vos sos más ateo que yo.

-Bueno, si querés, reemplacemos la fe por la confianza, ¿te resulta más adecuado? -indicó Manu con tono burlón.

-Me parece mejor, sí.

-Ok. Entonces me corrijo: vos no le tenés confianza a lo nuestro.

-¿Y vos sí la tenés?

-Seguro. Sino, no estaría acá, con vos -Manu estiró su brazo procurando que Ana hiciese lo mismo y ambos se tocaran la mano, pero ella no se movió y miró hacia un costado, en dirección a la barra.

-¿Pedimos la cuenta? -preguntó ella volviéndose hacia él, que recogió el brazo, frustrado, y siguió tomando de su jarra.

-Está bien -respondió Manu, en seco, y luego volvió a llamar a la mesera mediante señas.

Cuando la mesera llevó a la mesa la cuenta, Manu no dudó en sacar su billetera y pagar en el acto con su tarjeta de crédito. “Yo invito”, le dijo a Ana, quien no se mostró demasiada conforme con esa decisión unilateral y reaccionó tajante: “La próxima pagamos mitad y mitad.”

Juntos pero separados, los dos caminaron pausadamente de regreso hasta donde había quedado estacionado el Fiat 147 por las anchas veredas de lajas y con varios tramos con escalinatas empinadas, y cada tanto se detuvieron a mirar las nutridas vidrieras de los locales comerciales del centro, las cuales estaban adornadas con luces de colores y *suvenires* alusivos a la villa como adornos de madera, muñecos de duendes, utensilios de cocina para beber y comer –los apoya vasos, *chopps*, vasijas y tablas para

las “picadas” eran los productos más elegidos por los turistas- y postales con imágenes de paisajes naturales.

También se ofrecían remeras con el nombre de la villa o inscripciones referidas a la Fiesta de la Cerveza, llaveros con escudos alemanes y los clásicos sombreros tiroleses de fieltro, con un cordón alrededor y una pluma en punta, muy elegido en aquella época cercana a la celebración del Carnaval.

Además, estaban los comercios que vendían deliciosos alfajores, chocolates y bombones, otra especialidad de la villa y que tenía su propia fiesta pero en otoño e invierno, cuando las temperaturas eran más bajas y, por ende, adecuadas para consumir este tipo de alimentos.

Por su parte, Ana se detuvo en la mayoría de las vidrieras que se cruzó en el camino a pesar de que conocía de memoria a todas ellas.

-¿Buscás algo en particular? –preguntó Manu sorprendido por la conducta de la mujer, más acorde a un turista recién llegado a la villa que a una residente estable como ella.

-No, no –respondió Ana agachándose para estudiar de cerca un escaparate en el que exhibían una serie de velas aromáticas de diversas formas-. Es que me encanta mirar vidrieras porque siempre se puede encontrar algo nuevo –agregó mientras se erguía y retomaba la caminata hacia el auto, el cual ya estaba a la vista de ambos, justo en la esquina.

-¿Te molestó algo de lo que dije antes, durante la cena? -Manu cambió de tema porque sentía que le había quedado una espina clavada en el pecho y ahora que los dos estaban parados junto al Fiat 147 quiso arrancársela sin demoras ni rodeos.

-No, para nada -respondió Ana abriendo la puerta del conductor y levantando el cierre de seguridad de la del acompañante para que él subiera también.

-Dale, Anita, se te nota en la cara y en el camino de regreso dijiste dos palabras - insistió Manu acomodándose en su asiento.

-En serio, Manu. No me molesté para nada -Ana lo miró forzando una sonrisa-. Sólo me quedé pensando. Nada más.

-¿En qué?

-En que todo siempre es complicado.

-Y sí. Suele ser así.

Ana puso el auto en marcha y encendió las luces.

-¿A dónde vamos? -preguntó Manu colocándose el cinturón de seguridad y mirando al frente, a través del parabrisas.

-Te llevo a la posada -Ana colocó primera y el auto, que estaba delante de todos en la fila se movió hacia adelante.

-Ok -Manu resopló por lo bajo-. ¿Y cuándo voy a conocer tu cabaña?

-Prefiero que sea otro día porque hoy es un caos: está toda desordenada y llena de gente que entra y sale todo el tiempo.

-No hay problema. Cuando vos digas -se resignó él, quien no estaba apurado pero tampoco disponía de todo el tiempo del mundo. Además, consideraba que ya había esperado bastante y que esa paciencia debía ser recompensada de alguna manera o que al menos cruzase la meta, ya sea como ganador o no.

El auto salió de la angosta y congestionada avenida principal y subió la pendiente hasta la loma donde se cruzaban la ruta con la calle sobre la que estaba ubicada la posada, a unas pocas cuadras.

-La próxima vez podemos dejar el auto en lo de Odek y venir caminando al centro, ¿no? -sugirió Manu al advertir que la distancia era realmente corta.

-Sí, dale. Yo vine en el coche por vos -Ana apartó la vista de la calle por unos segundos y la dirigió hacia Manu, quien apreciaba el paisaje ya que la noche era tan clara que parecía de día.

-Yo no tengo problemas en caminar. Al contrario.

-No lo sabía.

-Además, yo nunca fui un habitué de andar en auto.

Apenas Manu terminó la frase, Ana detuvo la marcha del auto frente a la tranquera de *Los Sauces*, detrás de la cual se alcanzaban a divisar las figuras de los ovejeros que al advertir la llegada del vehículo salieron inmediatamente de sus cuchas hacia la entrada principal.

Entonces, Manu miró a Ana a los ojos para despedirse de ella con un beso en la mejilla. Le hubiese gustado besarla en la boca, aunque sea brevemente, pero no se animó. Para ser la primera noche está bien, razonó. Y cuando acercó su rostro al de ella, ésta le dijo:

-Si querés, mañana podemos desayunar juntos.

-Por mí, encantado -Manu frenó al instante el lento pero seguro avance de su boca.

-Tengo que venir temprano a traerle unos dulces a Odek, así que me queda bárbaro.

-Bueno, dale.

-¿A las nueve está bien o es demasiado temprano?

-No hay problema porque nunca me levanto tarde -él reanudó su acercamiento y gentilmente besó a Ana a la altura del maxilar, casi sobre la comisura de sus labios y ella prácticamente imitó el mismo movimiento al que le agregó la colocación de su

mano sobre el hombro de Manu, aunque no estuvo segura de que esa maniobra fue un gesto de cariño o una forma de marcar distancia.

-La pasé muy bien -dijo ella al acabar el saludo de despedida e inclinándose hacia atrás.

-Yo también -Manu se alejó gradualmente hasta colocarse contra el respaldo del asiento.

-Nos vemos mañana -la dulce voz de Ana quedó algo disimulada por el destartalado ruido del motor del auto que seguía en marcha y comenzaba a evidenciar signos de calentamiento, por lo que apagarlo hubiese sido peor.

-Hasta mañana -Manu descendió el Fiat 147 y apenas cruzó la tranquera dio media vuelta para observar cómo Ana se alejaba por la calle desierta, cuyo oscuro asfalto se vio únicamente surcado por las dos cintas plateadas que se desprendían de las ópticas delanteras del vehículo, el cual dobló rápidamente, dejando en la densidad del aire un par de aureolas que se esfumaron como luciérnagas en el jardín de la noche, mientras que la Virgen seguía brillando desde la cima, como si con su blanco fulgor fuese una súper capa invisible que protegía a la villa desde lo más alto.